PABLO
ANDRÉS ESCAPA
HERENCIAS
DEL INVIERNO
CUENTOS DE
NAVIDAD
ILUSTRACIONES DE
LUCIE DUBOEUF

PABLO
ANDRÉS ESCAPA
HERENCIAS
DEL INVIERNO
CUENTOS DE
NAVIDAD
ILUSTRACIONES DE
LUCIE DUBOEUF
PÁGINAS DE ESPUMA

Pablo Andrés Escapa

Herencias del invierno

Cuentos de Navidad

Ilustrado por
Lucie Duboeuf

Pablo Andrés Escapa, Herencias del invierno. Cuentos de Navidad
Primera edición digital: noviembre de 2022
ISBN epub: 978-84-8393-691-7
© Pablo Andrés Escapa, 2022
© De las ilustraciones, Lucie Duboeuf, 2022
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2022
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.
Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com
Colección Voces / Literatura 336
Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid
Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Para María Luisa, dueña del candor

Ceniza

–¡Santas noches!

Hay saludos que comprometen, quién lo duda. Y este era de los que abren las puertas a la buena fe. Pero eso lo ve uno ahora, pasado el tiempo. Cuando lo oímos, estábamos Celino y yo como para devolver gentilezas. Lo único que nos preocupaba era que alguien nos descubriese a aquellas horas y de semejante facha: Celino con la cara tiznada de negro, que se empeñó en las seguridades que le daba ese disfraz; yo, sin hollines, pero tan sombrío de ánimo que había de parecer más oscuro que él. Y de pronto aquella voz recibiéndonos a ras de suelo. Ahora es fácil decir que no hubo azar en el encuentro, que los milagros lo son por necesidad.

Debíamos componer una estampa más que dudosa, Celino y yo. Imagínense: dos cabezas asomadas a la boca de una alcantarilla con los ojos levantados hacia las estrellas. Y allí, vibrante en el aire helado, el susto de aquella cortesía inesperada. Yo veía un ángel de piedra esculpido sobre la cornisa de un edificio altísimo, muy pálido y muy sereno. Con las alas abiertas parecía a punto de elevarse de esta tierra. Y sentí que tiraba de nosotros hacia arriba, y de una farola que, junto a la boca abierta de la alcantarilla, tenía la luz temblona. Confundido por los titubeos del farol, tuve la impresión de que el ángel movía los labios. Estaba a punto de devolverle el saludo, sin salir de asombro, cuando la voz que nos había recibido dio paso a una mano tendida para sacarnos a la calle.

La que allí vi iluminarse entrando en el círculo de luz resultó mano tan blanca como me había parecido la voz, al asomarme al mundo. Un guante de cabritilla me reclamaba a la altura de los adoquines. Y por encima de la tela, ciñendo uno de los dedos tan delicadamente vestidos, una piedra roja ponía destellos de brasa en la noche de hielo.

Noté que Celino vacilaba, junto a mí. Y a lo mejor fue eso lo que me dio la resolución que él no tenía. Acepté el guante con su gema y

prendido de un súbito ardor que me alcanzó tras el encuentro de las manos, me giré, ya de rodillas en la acera, para aupar a quien venía detrás. Las veleidades de la farola avivaron el poso de zozobra en la expresión de Celino que, apenas se vio de cuerpo entero en la calle, comenzó a sacudirse la ropa como quien quiere sacudirse también la memoria de donde ha salido.

–¡Santas noches!

–Frías, querrá decir, frías como un demonio.

Yo repliqué tan resueltamente por aparentar una llaneza que no sé si me salió excesiva. Porque aquel hombre, anunciándose bajo un sombrero de copa, servido de bastón y envuelto en una capa que le cubría hasta los pies, invitaba a mayores gravedades.

–Que no le dé por nevar –se atrevió Celino.

El desconocido recorrió despacio las alturas con la mirada antes de concluir con muchas galas en la voz.

–Pudiera ser, que nada hay imposible, pero con cielo tan raso como el que nos vela, no ha de caernos otra gracia que la luz de las estrellas.

Simpladas de Celino, la verdad, andarle pintando nieve a firmamento tan lucido. Allí lo único seguro era que la suerte no nos acompañaba. Hasta los luceros parecían concertados en denunciar nuestros pasos. Nosotros, que llevábamos un buen rato metidos en la negrura de una cloaca esperando a que otra oscuridad igual de espesa nos defendiera de mirones al salir. Sobre todo del perro que nos había corrido hasta dejarnos sin aliento. Y ahora resultaba que la noche tenía tantos ojos que no se podían contar, y una voz sin prisas que pedía conversación.

–¿Pero qué rumbos traen o qué camino llevan señores tan vestidos de tiniebla?

Así lo dijo. Si ustedes le hubieran oído también lo recordarían. Aquel extraño sabía echar al aire un discurso como de seda, aunque fuera para pedir explicaciones. Y sentía uno que preguntaba con una gentileza que no era de este tiempo, si no atinase mejor diciendo de este mundo. El hombre seguía allí de pie, sin dejarnos marchar, insistiendo en saber.

–¿Y qué alianzas con la noche buscan con tal disfraz, que costaría separar sus figuras tan de luto de la pura ilusión de dos sombras errantes, apenas descifradas al pasar?

La verdad es que, después de las angustias de la carrera, daba gusto oír aquella voz tan reposada. Y entenderla. Yo, quién lo entiende también, había empezado a entrar en calor a pesar del frío y sentía, con una novedad muy plácida, que las palabras del desconocido me acariciaban los oídos igual que si fueran plumas. De manera que, abandonándome a esa fiesta de las alas ligeras, me hallé con ánimo de

responder. Y fue entonces cuando al asombro de verme casi en sofocos en medio del hielo, se sumó el de oír mi propia voz como nunca había sonado. De buenas a primeras, me escuché diciendo razones que no parecían mías: «Largo cuento sería, buen hombre, traer aquí el motivo de nuestro fúnebre embozo –fíjense a qué parra me subía–, que no lo es tanto por luto como por necesidad, pues bien probado está que, en quien nació pobre de condición, la necesidad y el luto son trama de una misma prenda tejida con el hilo desgraciado de la calamidad». Estos donaires, que a mí antes nunca me visitaran, me brotaron espontáneos y con tan pasmoso concierto que no dudé en atribuirlos a la cercanía de aquel desconocido tan gentil. Y empecé a creer que, al tenderme la mano enguantada para sacarme de la alcantarilla, aquel prójimo me había comunicado también una gracia nueva en el discurrir.

Aún iba a decir más, que las palabras me venían solas, pero se me adelantó Celino. Y lo hizo con un atrevimiento que tampoco le conocía, porque, sin reserva alguna en hombre que siempre fue dado a vergüenzas y rezongos a media voz, echó la lengua a pacer, que no pretendo decirlo de otro modo, y llanamente confesó que de negro se viste el ladrón por honrar su condición. Quise yo justificar la falta ante extraño tan respetable como el que nos escuchaba diciendo la verdad completa, que era la de ser ladrones de ocasión, y que esta era la primera, forzada por tanto obsequio como se juntaba al presente en plazas y escaparates, que aquellos alardes eran causa de que se sufriera peor la amargura de saberlos siempre ajenos, cuando el hombre levantó una mano, como renunciando a más explicaciones añadidas, y recogió hacia un lado la capa para sentarse en el bordillo de la acera. No se imaginan con qué garbo halló acomodo aquella noble figura en tan humilde asiento. Y así sentado, remangándose un poco unos faldones de rayas azules que asomaron por debajo de la capa, dejó a la vista las puntas de dos babuchas curvadas hacia el cielo, y las columpió un momento a la luz de la farola, que tal parecían las crestas de dos fórcolas venecianas meciéndose en un canal bajo la luna. Yo ya no me extrañaba de las cosas que se me ocurrían estando allí a su lado.

–Pues mala noche escogieron sus mercedes para robar –dijo–, que no habrá otra con más resplandores en el año. Hoy brillan hogueras celestiales encima de cada paso y no ha de quedar rumbo en la tierra sin su noticia, ni espuma de nave sin su declaración, ni corazón dormido sin su sueño de justicias reparadas, ni ánimo secreto sin predicar por mucho que quisiera celarse su argumento, que a poner luz en lo escondido y a sacar de palidez las más tibias ilusiones, viene esta noche el candor de un recién nacido, como viene una vela a triunfar de la tiniebla con los primeros ardores por su cabo.

Fue decir esto y ponerse Celino a estornudar, que el frío ya debía llegarle hasta los huesos. Y allí encogido, con los mocos colgando al tiempo que se cruzaba la chaqueta con la mano, que no había botón que la cerrase, se me representó tal que un niño grande y desvalido. Entonces, el extraño sacó de debajo de la capa un pañuelo blanco y se lo tendió a Celino, que lo tomó con gran cuidado antes de llevarlo a la nariz. Y con él así prevenido, sin atreverse a usarlo todavía, se sentó muy despacio y con mucho respeto al lado de su valedor. Mirando aquella estampa pensé yo en un discípulo arrimándose agradecido a su maestro. Y cuando Celino se sonó al fin, le acudió una lagrimilla a los ojos, que entendí de gratitud por el pañuelo. Yo sentía el mismo alivio, aunque sin lágrima, que nunca las tuve fáciles, y no dejaba de pensar en tanta promesa dichosa como allí acababa de ofrecerse, que mientras el desconocido hablaba, todo era posible o todo era verdad. Estaba yo crédulo de cuanto dijo, pero quise quedarme particularmente con aquella ventura de las justicias reparadas. Y hallé donde sostener la ilusión de que estaba al caer ese amparo pensando que los remiendos pendientes ya habían empezado a pintárseme al menos en el habla. ¿O no se ha dicho con razón que pobre bien hablado parece más honrado? Y así, algo más atrevido de la cuenta por saberme dueño del misterio que me visitaba, que era el de despertarme párrafos que ni yo sabía dónde amanecían, me atreví a decir:

–Ese niño del que predicáis con voz tan amiga, porque amigo quiero llamaros desde ahora, no es tan nuevo, que lo recuerdo yo desde la más tierna edad de mi crianza. Y muchas noches ha venido desde entonces sin que su llegada valiera para mudar la triste condición del mundo, que sigue siendo la de dar pésames a los cuatro vientos por tanta desgracia como anda repartida. Y con no redimir al mundo, tampoco me redimió a mí, que en casa mendiga me crie y en pobre casa sigo, señor únicamente de mi necesidad, que también es la de este –y al decirlo, yo señalaba la cara pánfila de Celino, que allí seguía sentado con su lagrimilla viva y el pañuelo metido en el puño–, cojo desde que nació, y tan sin estrella, que a la renquera añade una simpleza igual de mala de disimular, la cual le gana burlas y algún que otro trompazo, no siempre merecido. Pobres y apaleados, pues, seguimos desde antiguo y esas hogueras y luminarias del cielo que, asegura su merced, tanto bueno han de publicar, no sé si no velen mejor por hacer más cristalina nuestra desgracia.

Diré que nunca me escuchó nadie como me escuchó aquel señor de tanto atavío y gravedad, allí sentado en el bordillo. Y como si rumiara mi discurso con una paciencia cuya demora debía ser parte ya de su respuesta, empezó a buscar entre los pliegues de la capa, y primero sacó a la luz un saquito de cuero muy adobado, con una cinta de color

cereza por gorguera, y tras él vino una pipa, no menos trabajada, que por cazoleta tenía la figura de una sirena que se peinaba mirándose a un espejo. Con mucha delicadeza tomó un pellizco de tabaco de la bolsa y a la luz de la farola era la picadura del mismo color rubio que la perilla de su dueño. Cebó el hornillo y quedaron unas hebras volanderas asomando por la boca de la pipa, que parecían talmente los cabellos sueltos que quería peinarse la sirena. Y palpándose otra vez los ropones bajo la capa en busca de lumbre, se adelantó la mano de Celino a darle fuego, que estaba yo maravillado de tanta diligencia en quien siempre anduvo tardo para todo. Del pasmo me sacó la voz del hombre, envuelta en un humo muy blanco, y el gesto que me hizo de que fuera a sentarme junto a él. Obedecí sus indicaciones, dejando a Celino al otro lado, de suerte que el desconocido hablaba echando nieblas en el aire en medio de los dos. Y así sentado, atendí al cuento de su voz, del que no olvido ni las comas, que parecía que las dibujaba en el aire, tan aplomado era al hablar.

–El pleito que habéis puesto a la injusticia, buen amigo, que también quiero yo pagaros con la misma cortesía en el trato, es el propio de quien ya no sueña con ganarlo. Mas también es cierto que quien no pena no ha de redimirse de su necesidad. Cada cual tiene la suya y es gran misterio saber cómo la ganó. Por resolver tan secretas suertes damos algunos en mirar órdenes de estrellas, en leer constelaciones y en prevenir rumbos de planetas, pero con ello, tampoco se nos alcanza la razón del mundo.

Aquí hizo una pausa para atizar la pipa y poner grandes humos en el aire. Luego nos miró un momento, que a su flanco seguíamos sentados, sin perder una palabra de lo que decía, y suspiró muy hondamente antes de continuar.

–Yo creí, si no soñé, haberla hallado una vez, esa razón, digo, y fue por seña luminosa que a su paso todo lo conmovía. Atendí al discurso de una estrella que ardía por encima de un monte buscando lejanías y por ellas me adentré procurando no perderle la cola, que a su rabo en llamas anduve años y leguas dejando tantas jornadas a la espalda que vida y sueño acabaron siendo una misma memoria del camino. Y andando me hice viejo. Hasta que un atardecer –abrevio por no cansar a sus mercedes con el cuento de cada posada con su noche mal dormida, de cada limosna ida en consuelo de un desconocido y de cuantos naufragios y zozobras supe librarme en los mares que pasé–, reconocí el final de tanta travesía. Se apagó la estrella cuando más cerca que nunca la tenía, y en medio de una tiniebla que puso a la tierra en completa ausencia, oí el llanto de un niño. No sabré decirles, amigos buenos, cuánto me estuve a oscuras, si fueron años o lo que dura un suspiro. Sé que de la ceguera volví yo, y conmigo la entera creación que se había oscurecido, solo cuando cesó el llanto y empezó

a afirmarse un cantar, que era el de la madre poniendo en sueños al niño que lloraba. ¡Qué felicísima congoja! Crean sus mercedes que, haciendo memoria, no hallo en todos los días de mi vida, ni en libro ni en astro que sepa recordar, otro misterio que valga tanto desde la mañana que el mundo conoció al padre Adán. Y sepan ahora que, por renovar su intriga, que es una melancolía muy dulce y muy serena que no abandona a quien la ha visto, peregrino cada año, llegado el tiempo, a renovar esta función.

El discurso del hombre iba envolviéndonos en el humo de la pipa, que era muy nevado de color y se espesaba lentamente a la redonda, como un paño perezoso. Y advertía yo que nos alcanzaba un perfume de incienso mezclado con flor de azahar, sin el descuido de una punta de laureles, cada vez que el desconocido echaba el aliento sobre la noche. Cuando guardaba silencio, hablaba aquel humo perfumado, que en su ascenso empezaba a dibujar caminos en el aire y a levantar desiertos y soledades que daban temor por su hermosura. Y tras ellos se avistaban puentes y molinos, herrerías y rebaños, palacios antiguos que relucían y un balcón bajo el cielo al que una niña se asomaba por ver las procesiones de estrellas. Y nosotros las veíamos con ella, que la pipa sabía también echar sus chispas a volar cuando consentía el fumador.

–¿Y anduvo tanto mundo siempre solo?

Yo ya no sabía si Celino era él o le pasaba como a mí, que en los atrevimientos estábamos los dos desconocidos. Mas el hombre sonrió muy discretamente y volvió a echar al aire aquella voz suya como de campanas afinadas, ahora para pedir que nos fijáramos en lo que venía. Y chupando la pipa con los ojos cerrados, alentó otra humada, una larguísima, que fue a confundirse con la de una lumbre de pastores. Y de tan vecina como se pintó en el aire, parecía que podíamos calentarnos las manos sin dejar el asiento del bordillo. Juntos así los humos, en seguida compusieron el rumbo de una noche muy callada, que era la nuestra, porque en aquel sendero de niebla nos vimos caminantes Celino y yo un paso por detrás del desconocido. Íbamos cruzando palmerales y entrando por callejas encaladas, tocados los tres con distinto arte, que llevaba nuestro guía turbante plumado de avestruz, yo una corona de ocho puntas bien contadas y Celino el sombrero de copa con que se nos presentara el que ahora dirigía, pero los tres pausados al andar y en ameno coloquio de amigos, que todo eran razones bien avenidas y humanas ceremonias cediéndonos el paso en cada esquina. Hasta que dimos en una calzada de arenas blancas que moría muy derecha ante una ruina donde nos esperaba el misterio que, los tres juntos, habíamos ido a encontrar.

Cruzamos un arco inclinando las cabezas y, como corresponde a errantes por fin llegados a destino, nos detuvimos a contemplar la

razón de tanto viaje, que era el de la inocencia dormida sobre un suelo de pajas. Abrió entonces quien nos guiaba su capa para acogernos y en ese amparo común nos miramos los tres, no sé ya si puestos en algún umbral lejano o sentados otra vez sobre el bordillo de la acera, que en aquella niebla de la pipa todo era dudoso. Todo, lo diré, menos la senda clara que la lágrima de Celino había abierto sobre la cara sucia de hollín, y la lumbre que el desconocido tenía en los ojos cuando se quitó la pipa de los labios para asegurar que, en aquello tan pequeño y tan sufrido que acabábamos de ver, cabía el misterio del mundo con todas sus alegrías y congojas.

Yo estaba exaltado. Me conmovía pensando que nuestras tristezas irían a redimirse al fin en ese sueño del recién nacido tal como nos lo había hecho ver él, que era como yo nunca lo había visto. Porque al amparo de su capa hospitalaria yo había sentido que era verdad el anuncio que hiciera al saludarnos: que la noche era santa y ardía para alumbrar los ánimos ocultos y sacar de su abandono las ilusiones. Y no dudé que aquel extraño las conocía mejor que nadie, las mías y las de Celino y las de la creación entera. Y allí sentado encima del bordillo, junto a señor tan milagroso, me supe regalado por su sola compañía, y entendí que no habría secreto entre nosotros, porque ya no era yo el mismo, que también se me daba parte en los misterios de la noche.

Y así fue como, sin poderlo evitar, empezaron a invadirme añoranzas que nacían de solo imaginarme la partida de aquel hombre. Me puse entonces a fantasear con que él se quedaba con nosotros, o que nos invitaba a ir con él a donde fuera, siempre amigos, cuando me sacaron de ilusiones unos golpecitos de la pipa contra el suelo. La sacudía su dueño por librarla de cenizas mustias, que allí quedaron haciendo un montoncito pálido que aún alentaba leves arrojos por la cumbre. Y de la niebla regresó entonces su voz consoladora preguntando con aquella nativa cortesía:

–Y en el empeño de hurtar, ¿les fue buena la noche a sus mercedes?

¿Querrán creerme si les digo que aquella curiosidad me sacó de ensueños para ponerme en amarguras? Porque recelé de pronto que era fingida. ¿O es que podía ocultársele algo a quien nos leyera el corazón como se lee en libro abierto cuando estuvimos acogidos a su capa? Y con ese desengaño, volví a sentir el frío de la noche, el de antes de agarrarme de su mano, y pensé que todo lo visto y oído desde que asomamos la cabeza por la alcantarilla eran burlas de nuestra inocencia que aquel extraño, tarde reparaba yo, había hecho vistiéndose para la ocasión igual que un mago. Mucho sentía la burla por llegarme su noticia cuando más tenía por amigo al burlador, y estaba ya afilando la lengua para devolverle un desaire que al menos me desahogara, cuando, muy apagadamente, llegó la respuesta de

Celino.

–Regular.

Quedé yo suspenso esperando prolongaciones de la chanza, que vendría con demandas más precisas sobre nuestra fortuna, como si el que había preguntado no supiese que quien dice regular se consuela de decir que nada hubo. Pero su voz no volvía. La niebla que trajeran sus palabras mezcladas con el humo de la pipa era tan espesa que, aunque lo sabía a mi lado, no alcanzaba a verlo. Con tiento estiré un poco el brazo, para tocarlo disimuladamente, y largo se me hizo el viaje sin hallar tropiezo alguno, que, cuando quise darme cuenta, había aventurado no solo el brazo, sino medio cuerpo por llegar más lejos con la mano abierta. Y así, tentando entre la niebla, acabé por dar con trapo que me pareció de poco albergue, como no podía ser el de la capa del desconocido. Y palpando más, topé, al cabo, con una mano cerrada sobre tela que conocí de hilo, y sin verlo, me figuré el pañuelo blanco y a Celino sentado encima del bordillo con su lágrima.

De pie y a tientas, busqué en vano al que faltaba. Lo llamé por su merced y por amigo, que no sabía darle otro nombre, y reclamándolo a voces me llegué hasta la esquina. Del otro lado, la calle se alargaba en una distancia de farolas cada vez más inseguras en la niebla. Escuché por si oía sus pasos alejándose, pero nada me llegó. Nada salvo la voz de Celino, que me llamaba llena de agitaciones.

–Usebio, ven a ver, ¡corre!

Regresé a su lado con los brazos por delante, como un ciego previniendo tropiezos en la tiniebla. Antes de descubrirlo, noté que su mano me agarraba del pantalón, que tiraba de mí hacia el suelo con ansiedad. Tuve que agacharme para dar crédito a la luz que ardía junto a nuestros pies: la ceniza vaciada de la pipa era un montoncito de oro que abría con su latido una senda radiante entre la niebla.

«Santas noches» –murmuró Celino, y dicho con aquel temblor en la voz parecía el arranque de un rezo muy piadoso.

Ahora les diré que en medio del asombro me acordé del ángel. Pero bien pudo ser que el pañuelo, al tiempo que lo abrían las manos de Celino para recoger aquella caridad, iba levantando la niebla. Y por sus costuras abiertas se me fueron los ojos hasta dar en las cornisas otra vez alumbradas por estrellas. Desde allí, bajo el fulgor de las constelaciones, las alas de piedra seguían tirando del mundo hacia lo alto.

–Mañana, con la ceniza, compramos la corona que llevabas tú y el sombrero que tenía yo –oí decir a Celino–. Y vamos tras él, por donde iba el camino que nos enseñó en el humo.

Delante de mí, como si empezara allí mismo la senda, caminaba Celino llevando el pañuelo abrigado contra el pecho. Y yo lo veía ir sin cojear.

No sé cómo decirles lo que falta: el caso es que viéndolo alejarse tan resuelto tuve que contener una lágrima. Porque, sepan que con la compostura que a mí se me quedó en el habla, desde aquella noche tengo una facilidad también nueva para echarme a llorar.

Semillas

Poco a poco, la mañana helada se imponía en el cristal. Solo una mancha de vaho desdibujaba la creación visible desde la ventana. Aquella huella tibia, nacida del vaivén de un pecho triste, bastaba en su balbuceo a emborronar los árboles y el cielo, los pájaros y la vía, las farolas y el charco donde un concierto de nubes grises venían a abismarse.

También la escuela, con sus ventanales mudos como ojos asombrados, temblaba en aquel espejo de intemperies. Respiraba un niño junto al cristal y el mundo renacía y se borraba a cada instante. A su espalda todo eran voces exaltadas en la fiesta de ordenar un mundo en miniatura donde el musgo producía palmeras airosas y el desierto era próspero en reyes errantes con su séquito.

Sobre la pared desconchada del aula viajaba una estrella del pasado, y al amparo de su arco, giraban ociosas las norias, perdidas en sus ciclos ancestrales; rumiaban los rebaños en silencio, mujeres hacendosas extraían un agua de milagro de los pozos y un grupo de pastores se extasiaba en un alzar de ojos a lo alto, de donde llegaban los ángeles a posar su levedad de criaturas celestiales sobre los perfiles de un establo de cartón. Un mundo armonioso, primitivo y feliz como una arcadia, nacía del barullo de las manos infantiles, precipitadas en la renovación de lo sagrado. Y todo sucedía al calor de una estufa vieja, que era un aliento sostenido por la fe del maestro en la pobre materia entregada al fuego prisionero.

Mientras ardía el serrín, la voz obediente de un alumno iba derramando los misterios evangélicos sobre el oficio de tantos ánimos concertados en llenar la tierra de humildes casas blancas, de puentecillos leves, de pasos ligeros hacia un portal. «Y llegando al lugar donde vino la estrella a pararse, vieron los magos al niño con su madre, y de hinojos le adoraron abriendo sus cofres para ofrecerle dones de oro, incienso y mirra». La escuela, con su corazón de leña quemada y su fábula de reyes orientales, era un reino donde no cabían los charcos, ni los árboles sin hojas, ni los pájaros del frío, inválidos sobre la escarcha.

Pero había un corazón que ardía de otro modo, privado del bullicio

general. De pie junto a la ventana, paciente en sobrellevar un destierro de pocos metros, un muchacho rumiaba la condena del maestro: ser «semilla de discordia en día de misterio» le había expuesto a esa soledad cuyo paisaje era un horizonte inmóvil bajo el frío, sin ángeles cantores, sin fuegos luminosos ni sendas de virutas. Separado de todos, con la nariz pegada a la ventana, el chico había hallado el consuelo de disipar el mundo verdadero al ritmo de su aliento, como si aquellas nieblas de la respiración precipitada sobre el cristal rebajaran el castigo al ocultar la vista impuesta. Y el afán por distraer la realidad hallaba su propósito más firme en borrar la figura encorvada de una vieja, casi oculta bajo una ruinosa manta, de la que surgía una mano que se prolongaba en un palito atareado en remover un puñado de castañas puestas a asar.

La mujer aparecía cada invierno, como un fruto puntual del hielo, y se instalaba junto al abandono de las vías, al otro lado de la escuela. Daba la impresión de estar siempre aturdida, por no decir otra cosa, que todos sabían de la botella de vino que arropaba celosamente en el regazo. Aquel secreto tantas veces vislumbrado, había esparcido entre la chiquillería la inquietud de aproximarse tanto a la mujer que fuera posible distraer la botella de su amparo sin que ella se percatara del asedio. La gracia –nunca comprobada pero mil veces prevista– estaba en separarse unos pasos, en declarar el robo a voces, en exhibirlo sin recato y esperar que la pobre vieja gritara en su desesperación más que el ladrón en su osadía.

Tanto habían fabulado con la escena que hubo quien se animó a poner letra precisa a la furia de la castañera. Y el énfasis blasfematorio del discurso, recitado entre risas nerviosas, durante el recreo, había hallado aquella mañana una culminación inesperada. En medio de las procacidades se había alzado la voz de un muchacho para anunciar su propósito no solo de alcanzar la botella sino de echar un trago a continuación. Para asombro de todos, quien proponía la prueba ya se había puesto en marcha y costaba trabajo reconocer en aquella resolución al alumno nuevo, uno que desde su llegada, hacía un mes escaso, apenas había dicho una palabra, uno que ni corría ni tiraba piedras a los vagones del tren, uno, en fin, que tropezaba por donde iba porque no sabía atarse solo los cordones. A lo mejor por eso quería ahora lucirse en lo que nadie había intentado todavía. Fue así como hacía solo un rato, antes de entrar en la escuela, quien ahora ponía vapores sobre el cristal para negar la calle, la había recorrido de puntillas, bajo la mirada incrédula de un coro silencioso de chiquillos.

«Semilla de discordia en día de misterio», giraba como un responso en los oídos la laboriosa sentencia del maestro. Aquellas palabras –se ensimismaba el chico ante el cristal– tenían tanta provisión de extrañeza como el anuncio del ángel a los pastores. Lo estaba leyendo

una voz a su espalda. Y si la fe había inspirado los pasos de unos hombres que nunca se habían atrevido a nada, ¿acaso había sido menor su confianza cuando empezó a caminar aquella mañana, con el corazón latiéndole en los oídos, hacia el puesto envuelto en humo de la castañera? Y ahora –se extrañaba–, con el mundo emborronado en el cristal, no parecía quedar memoria de los pasos. Tal vez era ese el misterio.

De pronto se veía a sí mismo como el fruto de un sueño ajeno, con el camino ya hecho y poniendo apresuradamente su mano sobre una botella que otras manos, muy viejas y muy frías, protegían con su desnudez, unas manos como muertas en el abandono con que cedieron al empeño de verse despojadas de su carga. Le pareció entonces que las uñas, en su desmayo, iban a arañar el cristal que se les escapaba rasgando el silencio inmaculado de la mañana. Pero lo que llenó el aire fue una ovación contenida que crecía a su espalda. Con aquel rumor en los oídos, el muchacho prolongó un gozo de nerviosismo y temblores que demoraba su retirada del terreno invadido. Una audacia desconocida le llenaba el rostro de un calor hecho de sangre atropellada. Y solo entonces supo volverse hacia el coro de ojos asombrados para alzar el botín en el aire. Aún pudo brindarles el triunfo de la rapiña con un gesto magnánimo, de convite en la distancia antes de dar un trago levantando la cara al cielo. Fue al descender hacia la tierra, la boca aún invadida por el ardor del vino probado por vez primera, cuando se abrieron sus ojos para ver los de la vieja que lo miraba.

El dolor apenas dominado de aquellas pupilas era el rescoldo que más hería la memoria del muchacho tras el cristal. La mujer no gritaba; había tendido las manos con impaciencia, farfullando palabras en una lengua que él no entendía. No se sabía si eran lamento o una fiebre llena de ansiedad. Hubo un momento en que todo pareció devorarlo la crepitación del fuego donde humeaban las castañas, mientras una anciana movía sordamente los labios. Pensó que la mujer rezaba, que él era el destino de la súplica. En medio de aquel desvarío, los oídos se le llenaron de vergüenza cuando la voz del maestro, de pronto clara junto a él, había crecido sobre la lengua incomprensible de la castañera para pedirle que devolviese la botella. Lo hizo con más temor que cuando la había arrebatado. La vieja le quitó bruscamente el fruto de las manos y abrió una boca descarnada para emitir una risa sin sonido.

Aún caminaba el muchacho bajo aquella sombra de la risa muda cuando tropezó. Ante la mirada de todos, el maestro se había agachado a atarle los cordones. Inclinado junto a los zapatos y sin que nadie más lo oyera, le dijo aquellas palabras extrañas que parecían una revelación, acaso una encomienda que exigía ahora su presencia

junto al ventanal, enfrentado a la contemplación de su obra. Esa era la discordia: una pobre vieja que ya no dormitaba bajo la manta sino que hablaba sola, volviendo la cabeza a todos lados, vigilante de amenazas invisibles que de pronto se resolvían en una agitación de brazos asombrados ante el reconocimiento de una botella en su regazo, una botella elevada para recibir saludos y besos que la dejaban ya en la vecindad de los labios, donde acababa derramando su contenido en un gesto nervioso pero capaz de llevar sosiego a los ojos, que se cerraban para beber. Los ojos de la castañera, su boca ignorada y su necesidad precisa, su aspecto remoto tras el cristal, como una figura del Belén vista a través de una vidriera. También él, absorto junto a la ventana empañada, parecería una figuración detenida en el tiempo. Perdido en estos pensamientos, el muchacho sintió que se transformaba en una criatura leve que ascendía a las alturas. Pero era el cielo el que se precipitaba sobre la tierra, desmenuzado en copos.

–Está nevando –anunció como un vigía perplejo de la mañana.

Todos los arquitectos de Belén, los sembradores infantiles de veredas y estrellas, los repartidores de ángeles, los hacedores humildes de ríos de plata y prósperos arados sobre un suelo de serrín, corrieron a la ventana. Y allí, pegadas al cristal todas las caras como una sola alma, dejaron volar su asombro hasta mezclarse con las semillas blancas que la nieve iba poniendo en las miradas para hacer la realidad más pura.

Entonces hubo gestos de reconocimiento que habían esperado aquella cercanía para brotar. Hubo risas aplazadas y un brazo que pasó lentamente sobre un hombro antes de echar al vuelo palabras en voz baja, como pájaros celosos de amistad. «¿Qué tal sabía el vino?», quería saberse. Y era unánime la curiosidad infantil de los ojos abiertos en espera de la revelación.

El muchacho miró a la castañera, entregada a sus desvaríos mudos en la distancia, y supo que su respuesta debía templar los copos que espesaban la mañana, y ser remedio de la pobreza ofendida. Quiso él conciliarse también con el misterio y confió en la palabra que iba a dar. Dichoso en el anuncio, como un ángel dueño de felices novedades, proclamó para que lo oyeran todos:

–¡El vino sabía a sopas de pan!

Surcos

«La herida no tiene remedio».

En la duermevela volvían las palabras a ofender la memoria de Samuel, como una letanía de fatalidad. Y como él se quedara pasmado por la noticia, confundido ante el riesgo de perder aquel animal casi tan viejo como su arado, que es como decir tan viejo como el alma de quien vive de hacerle surcos a la tierra, la voz que había sembrado la calamidad volvía más piadosamente para reconciliarse con la desgracia: «consuélate pensando que tuviste un buey hermoso muchos años».

Samuel no se lo explicaba. Cómo aquel corte tan pequeño con una teja podía acabar con la vida de quien era capaz de arrastrar el mundo tras su paso. Un trozo de teja antigua pisada al azar, abriendo la tierra. Pero lo cierto es que de nada habían servido los emplastos de mostaza, ni el saúco, ni la ceniza del sarmiento derramada sobre una llaga siempre atenta a resucitar.

El buey se dejaba hacer, paciente en la desgracia y manso en la rebelión contra una nube de moscas que se cebaban en la herida. Samuel recordaba el latido de aquel asedio minúsculo y bullicioso: febriles sobre la costra renovada de cada cura, las moscas le parecían clavos azules hurgando en el dolor. El único consuelo, ya se lo habían dicho, era hacer memoria de los trabajos y los días compartidos con un animal tan hermoso: el sudor derramado en compañía y la fiesta de la charca al oscurecer, el alivio del agua y el dulzor de los higos abiertos al amparo de los cedros, el blandísimo recostadero de aquel buey sobre cuyo vientre apoyaba él la cabeza para celebrar el fin de las fatigas, el viñedo sobre el mar lejano, admirado en la culminación de la cuesta, el remate de otra jornada de sol levantado y puesto entre los cuernos rectores de aquel animal que lo llevaba a él igual que al astro, como a una caricia sin peso sobre la reja del arado. Grave en medio del campo, gobernado por su mano, el buey replegaba todo el paisaje tras su lentitud. Y bastaba una voz para abrir surcos que parecían arrastrar a la creación con sus nubes y sus mares y sus caminos y sus árboles de pájaros. ¿No iba a tener remedio aquella herida tan pequeña en quien tanto podía?

Samuel volvía a cerrar los ojos. Entonces, en una tregua de presentimientos sombríos, se hacía más notable la ventura de la brasa en el hogar templando el hielo de la noche. Pero también aquel alivio acababa enfrentándolo al buey: la lumbre respiraba un olor dulce de boñiga y pajas que ponía bajo las estrellas un humo blanco, acaso anuncio de un sacrificio forzoso. Pero no quería pensar eso. ¿Cómo iba él a desprenderse de un animal al que debía hasta el alma de las llamas? Y vuelta a la esperanza que aplazaba la hoja del cuchillo hendiendo un corazón más grande que la tierra.

De peores males había visto salir a su buey, sin ir más lejos la última otoñada, cuando la fiebre lo dejó postrado en el establo. Aún enfermo, su respiración de coloso llenaba el espacio como una incontenible reclamación a la vida. Tres días con sus noches se agitó el buey en aquella hondura que su sola presencia lograba entibiar. De madrugada, Samuel entraba despacio y le ponía una mano temblorosa sobre la testuz abatida. Entonces le inundaba un ardor que casi dolía en cada poro. Retiraba la palma y el animal sacudía la cabeza bruscamente, como reclamando la prolongación de la caricia. Samuel volvía así a poner su mano sobre aquella frente en la que ardían dos brasas torturadas en busca de consuelo. Y la dejaba allí, muy abierta, como si el contacto de los dedos bastase a distraer los caminos del daño por muchos rumbos que fueran a perderlo en todas direcciones. Así había dominado la fiebre, a fuerza de trato y también de parlamentos mimosos afianzados en la penumbra del establo.

Hubo, por fin, una mañana en la que al contacto de la mano, aquel animal se alzó con el sueño parsimonioso del que solo los bueyes saben despertar. Y volvió al oficio de la luz, a la costumbre del cencerro y el varal de olivo, al grito del hombre y al agua derramada de las norias. ¿Por qué iba a ser distinto ahora? Mas lo cierto es que la pata estaba muy hinchada y el buey ya no podía andar. Viéndolo tumbado en el establo, hundido por un peso de siglos del que solo despuntaran dos cuernos torcidos, parecía una criatura nacida para soportar una tristeza incalculable.

Samuel se agitaba en su lecho. Si se lo proponía, era capaz de oír la respiración del buey y hasta de sentir como propio aquel reguero de dolor que había brotado de la tierra para dejar una herida ardiente en su animal. El tormento parecía haberse contagiado a la noche. El horizonte ocultaba una agitación de llamas que ponía un raro incendio entre las nubes. Era posible ver la luz desde la cama y a Samuel le pareció que el cielo replicaba sobre su llanura sin fondo la llaga abierta que padecía el buey. No era delirio aquella impresión. Vio Samuel a la mujer que yacía a su lado y cómo se incorporaba ella para que en sus ojos brillara también el mismo resplandor que rasgaba el cielo. «Esta noche dan miedo las estrellas», la oyó murmurar.

Bajó Samuel inquieto a la cuadra, a ver al animal. Y no tardaron en llegar desde allí abajo las alarmas, que fueron precipitándose a la casa. Entraba él agitado, casi torpe en el avance con la vela apagada por la carrera, pero seguro en el anuncio: el buey no estaba. La única huella de su presencia era el jirón de tela con que él había cubierto la herida.

Se vistió deprisa, sembrando palabras atropelladas que no acertaban a explicarse la ausencia del animal. De pronto habló con ira de envidias observadas y de sospechas que pintaban a vecinos demasiado amigos de lo ajeno. ¿No habían sido precisamente Efraín y su suegro Lázaro quienes sentenciaron al buey cuando aún se tenía cojeando? ¿Sería posible que cuando lo dijeron pensaran ya en robárselo? ¿Se creían que con decir que aquel corte era mortal iba él a sentir menos la falta del buey antes de tiempo?

De pie, junto al lecho, la mujer ponía la cordura que le faltaba a Samuel en aquella angustia ¿Quién se iba a llevar un animal que no era capaz de levantarse? ¿Y dónde ocultarlo, como si fuera un ratón o un puñado de grano que se pierde por una rendija? Pero Samuel no atendía.

Corrió a despertar al hijo para que le ayudara en la búsqueda: unos ojos jóvenes verían mejor los rastros en la oscuridad. «Sobre todo si son más inocentes que los tuyos», se dolió aquella mujer. Y, temerosa, puso una mano en el pecho viéndolos partir, aventurados en las intrigas de la noche.

El hijo de Samuel forzaba el paso tras su padre. No entendía qué debía reconocer él sobre el polvo de los linderos, qué secretos había que leer en una pezuña marcada en una orilla, ni qué señales buscaba ansioso el hombre palpando la tierra, oliéndola en la mano y escrutando las alturas. Iba el padre de mal humor, apretando el dogal entre los puños mientras respiraba maldiciones contra su suerte. De vez en cuando volvía la cabeza para reñir al niño que lo seguía con sueño. Dominado por urgencias que le llevaban a hablar solo y a dar órdenes confusas, lo empujó más de una vez, hasta que al muchacho se le saltaron las lágrimas. El hombre se detuvo entonces, con fiebre en la mirada, para gritarle al niño que regresara con su madre.

Pronto se olvidaron los pasos de reconocer señales seguras y ya se gobernaban por sospechas. La casa de Efraín, en la distancia que revelaban confusamente las estrellas, parecía tener la puerta del patio sin cerrar, como si aquel margen de sombra más oscura que la noche fuera una confirmación del recelo y la extrañeza.

Corría Samuel a escrutar las honduras que debían ocultar al buey robado cuando el propio Efraín, surgido de otra sombra, tropezó con él. Ni siquiera le dio tiempo a Samuel a decir una palabra porque todas eran del aparecido, que hablaba lleno de sofoco. ¿Iba también él a ver aquel fuego que llenaba la noche? ¿También a él le habían

despertado voces que anunciaban una centella nunca vista, más allá de las majadas? ¿Cómo es que llevaba él contrario el rumbo? ¿No veía lo que enseñaba el cielo a sus espaldas?

Samuel se volvió y de nuevo recuperaron los ojos el desgarro del firmamento, que era ya un surco de fulgores amarillos, una siembra de luces que partía la noche en dos mitades. Pensó en un soberbio arado celestial que rompía el cielo por sus lindes.

Efraín no podía estarse quieto bajo aquel fulgor. Tuvo que apartar a Samuel para abrirse paso, que todo eran estorbos de aquel hombre que le cerraba el camino empeñado en malicias y preguntas. ¿Qué buey podía haber visto él cruzando el campo si no había ojos que atendieran a otra cosa que al misterio de aquel cielo? Era como si un ángel hubiera pasado con la espada en alto, cuidando de dejar obra luminosa por la punta. Y no había más que ver aquella noche.

Se perdió Efraín corriendo fuera del camino y verlo alejarse así, entre gritos alborozados, apartando malezas invisibles, como un loco que braceara en medio de lo oscuro, hacía mayor el aturdimiento de Samuel, inmóvil bajo las estrellas. Notó entonces que le tiraban de la manga y reconoció al hijo, callado junto a él. El niño buscaba la mano de su padre y miraba al horizonte. Recortados contra el cielo, corrían otros hombres en un mismo extravío que abandonaba voces y balidos a la hoguera de la noche.

También Samuel y su hijo acabaron sometiéndose al fulgor que gobernaba todos los rumbos, cielo adelante. Seguía el hombre el surco abierto en las alturas para orientar sus pasos, como había hecho siempre bajo el sol que su buey llevaba entre los cuernos. Y dieron así con el día, porque mañana recién hecha les pareció la luz que hería una ruina mal acomodada de adobe, cubierta por un tinglado de palos torcidos. Bajo tan pobre amparo morían las ansiedades de la noche, que allí se respiraba una paz nueva de pasos por fin colmados y de resplandores en los ojos. Y tanto era el inexplicable júbilo y tan secreto, que las rodillas buscaban la tierra para serenarse y las cabezas se inclinaban para recoger aquel misterio de un hombre, una mujer y un niño que dormía entre los dos poniendo un sueño leve sobre las vueltas que daba el mundo.

Samuel se había quedado inmóvil, como los demás congregados que venían a prolongar el sosiego de una noche nueva, sumida en oficios de contemplar y en honras de silencio.

Perdido estaba en aquel recreo que le había descuidado de todo cuanto no fuera admirarse viendo cómo dormía un niño, cuando un sobresalto le hizo despertar: su hijo saltaba sobre el recién nacido para ir a abrazarse a un buey. No podía el niño callar la alegría del hallazgo y Samuel contemplaba incrédulo al animal, de pronto inmenso en aquel espacio tan pequeño. ¿Cómo no lo había visto

antes? Vacilaba en levantarse para apreciar de cerca los signos del prodigio, el milagro de la herida ausente que señalaba su hijo. Hasta Samuel llegaba la tibieza inconfundible del aliento del buey. Pero solo acertaba a tender la mano, incapaz de sujetar el bullicio infantil en recinto tan respetuoso con el sosiego de aquella familia que parecía sagrado.

La alegría del hijo acariciando al buey lo llenaba todo, como antes lo hiciera el sueño del recién nacido. Temía Samuel que tanto alboroto acabara con aquella siesta tan frágil entre pajas, pero también a él le costaba contener el júbilo. En la contemplación del muchacho abrazado al animal reconocía Samuel una ventura casi olvidada que tenía por centro aquella misma sonrisa dichosa, la gloria de su hijo cuando, de muy niño, lo subía él sobre los hombros del buey para que viajara agarrado a los cuernos, como quien se asoma a un balcón sobre el inmenso campo.

Fue entonces cuando se hicieron ciertos los temores. Un llanto rompió la helada como se rasga un paño. Era aquel niño apenas parido quien lloraba. Y lo hacía con tales ganas que sus lágrimas ahogaban la llama de los astros, porque todos sintieron cómo crecían el frío y la tiniebla.

Lloraba el niño y no bastaban los brazos de su madre a calmar el desconsuelo. Pero ya Samuel se había puesto en pie para entrar con mucha resolución en la ruina de adobe. Miró a aquella señora que acunaba al niño y alguna confianza debió de notar en los ojos maternales porque se atrevió a pedirle el manto. Samuel se sacó el dogal de la cintura y de espaldas a todas las miradas, se arrodilló junto al buey. El padre del recién nacido le veía hacer y atendía con respeto a una labor que no ofrecía vacilaciones. Se volvió Samuel despacio y se inclinó ante la mujer que abrazaba al niño. Tembloroso, tendió él los brazos.

–Señora, hágame la merced.

Samuel recogió al nacido como quien recibe un tesoro y lo abriga contra el pecho, empeñado en protegerlo. Volvió a acercarse al buey y le acarició la frente antes de dejar a aquella criatura envuelta en un amparo tan acogedor que cesaron los llantos.

Se apartó Samuel para que todos pudieran ver su obra: entre los cuernos del buey había atado el manto y con un oficio primoroso, que acaso creía ya olvidado, había dejado al niño en aquel regazo aéreo que meció suavemente con la mano. El recién nacido dormía ahora sobre un cándido trono de mansedumbre que sabía soportar sin impaciencias la gravedad de aquel sueño.

El hijo de Samuel miraba embobado el columpio salido de las manos de su padre. Parecía que los cuernos del buey, sujetando el paño, hubieran ganado en rectitud, como dos surcos iguales que

buscaran el cielo por las puntas. Se puso Samuel en pie y descansando una mano sobre el hombro del muchacho, que ya le llegaba al pecho, habló para la mujer que le había dado el manto llena de confianza.

–Así se dormía el mío, señora. Y mire ya dónde me llega.

Escarcha

Si alguna vez se ponen los cielos rasos para despedir el día y una luz confitada deja en el vientre de las nubes hebras pasajeras que parecen un zurcido de azafrán, yo tengo que acordarme de otra tarde, también de costuras y resplandores, hace ya no sé cuántos años. Así ha ocurrido hoy. Y ahora me digo que hubo de ser una de esas lacerantes congojas de la infancia que a veces nos alcanzan con su fiebre, la que viniera a conmoverme entonces, un anochecer de diciembre tan ambarino que el mundo parecía disuelto en hielo y miel. El aire –no lo he olvidado– era un puro lienzo de silencio cayendo espesamente sobre las criaturas.

Embaído junto a una ventana ante el dilatado misterio del horizonte, yo me apagaba con la misma lentitud que oscurecía. Hasta que, aparecida de pronto, distinguí en medio de la desolación del campo, entre una curva arenosa del río y la arboleda desnuda, una columna de humo que ascendía a confundirse con la senda errante de los astros.

La levedad, ya se sabe, es fuente de melancolías y acaso aquel humo ligero que yo miraba desde el ventanal acabara imponiéndose al abatimiento de verme sin otra compañía que la de dos tías solteras que me habían recogido aquella Nochebuena de orfandad forzosa. Mis padres estaban retenidos por un temporal de nieve en un aeropuerto que yo imaginaba bullente y luminoso, como una burbuja en medio de la noche. Cualquier destino era más tentador que la casona de mis tías, varada al borde de la ciudad, a punto de hundirse en las tinieblas. ¿Debía aguantarme yo –me espoleaba– metido allí y en tan triste compañía habiendo suertes más dichosas al otro lado del cristal? De manera que hubo de bastar el descubrimiento del fuego, aquel centelleo distante y frágil, para que se avivaran en mí unas confusas ansias de justicia y algún anhelo inmediato de aventura. Y obré con una impulsiva piedad: se me ocurrió, en fin, que aquel humo era de pobres y que debía poner remedio a la indigencia de los que procuraban el amparo de la lumbre. Fue así como empecé a rondar

pensativo por la casa en busca de consuelo al hambre y la necesidad que alentaban junto al río.

Poco tardé en hacerme patente en mis deambulaciones. Patente y sospechoso, que entre gente poco acostumbrada a la infancia no hay como ver a un niño discurrir sin rumbo por pasillos, abriendo puertas, asomándose a cuartos vacíos y cruzando caviloso un salón para dar por seguro que algo, y no precisamente bueno, estará tramando. Pero yo no albergaba más que vagos propósitos. Con cierta terquedad –aún lo recuerdo– se resolvían en imaginarme, heroico y solitario, en el trance de superar los confines asfaltados de la ciudad, dejando atrás el límite familiar de las farolas para adentrarme en la ruinosa región de las afueras, con sus alcores arañados por la escorrentía y su arboleda fantasmal, hasta entrar en el resplandor de una lumbre atizada por extraños. En mi ensueño yo llevaba algo entre las manos que hacía menos hiriente la intemperie.

De tales figuraciones me distrajo la voz destemplada de mi tía Corsina, «mira por dónde andas», advertencia expuesta sin levantar los ojos de la labor, un hilván para coger los bajos de unos pantalones horrendos que debía yo estrenar al día siguiente, y como propina un resignado «¿cuándo hará algo de provecho esta criatura?». Aquella interrogación, prolongada por ella en un suspiro, dejaba en el aire una amargura extraordinaria y una absoluta desconfianza en mis capacidades para cumplir con lo expresado, no ya en aquel momento de ocioso vagabundeo doméstico, sino en el curso entero de la vida. Mi otra tía, Hermelinda, trajinaba mientras tanto en la cocina, ajena a mi sombrío merodeo. Hermelinda estaba un poco sorda y yo, acaso por desquite –si no por puro afán de conjurar la rabia de verme solo entre aquellas dos cacatúas–, me ponía detrás de ella cuando iba por un pasillo, o cuando se distraía mirando una revista sobre la mesa camilla, y emitía gruñidos y pedorretas y gesticulaba como un loco, una exhibición que las más de las veces se resolvía en una mínima sorpresa por su parte al girarse en busca de algo, tal vez al percibir mi aliento en su cogote o un ruido insólito en las inmediaciones, y darse de bruces contra mí. Entonces, frente a mi súbita compostura, ponía ella una sonrisa entre desconcertada y ausente que aún sigue siendo, después de tantos años, la representación más acabada que yo haya conocido nunca de la inopia.

Aquella tarde que estoy recordando ahora, ensayé la misma mímica descarada en la cocina y la tía Hermelinda matizó el minúsculo sobresalto de siempre con una novedad: me ofreció algo de picar. Fue entonces cuando reparé en una fuente plateada, dispuesta en un rincón de la encimera, llena de dulces. Y lo que llamó mi atención no fueron los turrones partidos dejando a la vista su promesa de almendras encofradas, ni las pastas de té, ordenadas con tal arte

que formaban una luna creciente de cuernos cándidos, sembrados de azúcar, ni las peladillas sumidas en minuciosos nidos de cabello de ángel, como huevos latentes de algún pájaro exótico que hibernara oculto en la cocina, sino en la fiesta que las frutas escarchadas ponían en el centro de la bandeja, arracimadas, igual que una explosión de fuegos artificiales detenida en lo más vibrante de su estallido para desmoronarse luego en una caída de colores declinantes. Y en medio de aquel bullicio de los fragmentos luminosos de pera y de membrillo, de guindas verdes y cerezas rojas, de ciruelas y melocotones de profunda incandescencia, se alzaba con luz propia, como un planeta ardiente y nevado por encima, una naranja escarchada en toda su rotundidad de piedra preciosa.

«No quiero nada, tía. Gracias». Eso contesté. Pero en aquel mismo instante, yo ya me sabía vagabundo en la noche de hielo llevando protegida contra el pecho la naranja escarchada. Y allí, en la vecindad de las llamas presentidas, me veía abriendo las manos lentamente para revelar la ofrenda ante pupilas hechas a toda destemplanza, pupilas detenidas bajo las estrellas en cuyo pozo negrísimo se unirían el encantamiento del fuego reflejado y el fulgor absorto de la fruta confitada.

No sé si lo que vino luego, en cuanto mis pasos salieron al encuentro de la noche glacial, pertenece más al recuerdo o a la alucinación. Pero, ¿acaso la mayor mentira que gobierna el mundo no será creer que es más cierto todo lo que no se sueña? Pues así, como en un sueño espléndido y copioso, recuerdo yo mi sombra multiplicada hacia los cuatro puntos cardinales cuando pasé bajo la órbita amarilla que la última farola de la ciudad derramaba sobre suelo ya de hierbas heladas. Bajo un firmamento de celofán negro que a veces vibraba con el zumbido de un avión de luces rojas, me fui yo alejando de la casa de mis tías, ignorantes de mi rumbo bajo el Carro y el Centauro. Hundido en lo oscuro, nunca había visto estrellas tan gloriosas, nunca se habían ordenado tan nítidamente las constelaciones. Jamás me habían asustado tanto.

Me guiaba la ilusión de novedades, como a todos los errantes por senda nunca antes consentida. Y pronto vino a sumarse el portento al sonido de los pasos. Caminaba yo y respondía la tierra con un eco que parecía multiplicar las andanzas en medio de la oscuridad. Varias veces me volví desconcertado, inseguro de mis figuraciones. Pero lo único que vi fue la casa de la que yo venía, con la cristalera iluminada igual que un faro en medio de la noche, al borde de la nada. Seguí avanzando, haciendo crujir al mundo con cada pisada, hundiéndome a veces en hoyos y depresiones que amortiguaba una hojarasca frágil como el hielo.

Súbitamente, un pájaro nevado o un ángel voló sobre mí y se

perdió entre los árboles llevando una antorcha. Se rasgaron las alturas a su paso y quedó el cielo descarnado, como abierto por una herida estrecha y luminosa que dejaba memoria reflejada de su curso sobre el suelo. Por aquel camino de luz tibia viajé yo, alcanzado por rumores nuevos. Detrás de los árboles sentí cantar con un dulcísimo desgarro que acababa confundido con el río. La música y la corriente parecían líneas de la misma estrofa, una canción que negaba los márgenes conocidos de la noche, porque arrastraba olas hasta el descampado que rompían en los oídos y traía espumas a los párpados para echarlos a soñar. Cerré los ojos, pero seguía viendo la senda que el cielo reflejaba. Y me vi a mí, andando bajo las estrellas. Iba yo bañado por la luz que ellas derramaban, y la lumbre que tenía por destino sabía confundir su resplandor con la lucería que sangraba de lo alto. A medida que me acercaba a las llamas la tierra se volvía roja y cárdena, como un fruto maduro. La escarcha cedía crujiente bajo mis suelas.

Un fogonazo me templó la cara y me hizo abrir los ojos. Había rebasado la línea de los árboles con su laberinto de ramas como rejas tendidas sobre el campo y creí tener la hoguera al alcance de la mano. Pero la llama que me había acariciado con su aliento era otro fuego. Junto a mí pasaba de nuevo el ángel con su tea luminosa. Envuelto en un círculo de humo hincó una rodilla en tierra y, levantando la cabeza, acercó muy lentamente la antorcha a sus labios. Sopló sin tregua hacia lo alto y aquel larguísimo suspiro puso una lengua de fuego en medio de la noche, una lengua que subió a templar el arco celestial que nos cubría. Suspendido el aliento, la llamarada decaía hecha chispas de nuevo hacia su origen y sembraba de claridades la ruina del canchal. Resplandecían las piedras y las hojas caídas por el suelo, el agua pasajera del río y los pájaros dormidos en las ramas. Cada entraña traspasada por aquella luminaria temblaba un momento y se sostenía en su estupor para mostrarme que la noche era una habitación secreta y animada.

De pronto, como en una ilusión concebida para sugerir un escenario milagroso, se iluminó ante mis ojos la figura colosal de un elefante, inmóvil junto a un tronco. Y bajo el parpadeo menguante de las chispas se llenó la oscuridad de figuraciones. Colgada de alguna altura insondable de la noche, entrando y saliendo del ojo anaranjado de la antorcha, se columpiaba sobre mí una trapecista, igual que un péndulo de oro. Progresando desde las cárcavas en sombra que se hundían hacia el río, creció una gran bola muy blanca, como un planeta cada vez más rotundo en su aproximación. Pasó la bola rodando junto a mí, guiada por un hombre que corría de puntillas en su cima y me saludaba agitando un sombrero de copa antes de perderse en su órbita hacia la oscuridad. Rugidos de leones y ladridos de perros, aullidos de monos y relinchos de caballos se confundieron

bajo las estrellas. Y antes de que las últimas llamas que había avivado el ángel con su aliento se apagaran, un grupo de volatineros, pintados con purpurina, formaron una rueda que se alzó en el aire y supo dejar una revolución de centellas por encima de los árboles. Se dispersaron los acróbatas, como gotas de mercurio, y desaparecieron en todas direcciones arrastrando un silbido alegre. Confundida con la oscuridad crecía una música de redobles y trompetas, una fanfarria de circo en movimiento. Solo entonces, el portador de la antorcha hizo un gesto magnífico con su capa, una maniobra que abarcó la tea y extendió la noche en la que todo se fue a perder. De golpe parecía que se hubiera apagado una candela universal.

Volvió la tiniebla al descampado. Y con ella se afianzaron el frío y el silencio. Lo único que triunfaba allí era la pobre lumbre que yo había visto desde la ventana. La reconocí ahora a pocos pasos de distancia, con su senda de humo blanco creciendo hacia la altura. Me acerqué despacio, hasta hacerme parte de la luz. Y solo cuando entré en el umbral de las llamas, como si fuese preciso ese tránsito para reclamar la realidad, se mostraron junto a mí los rostros de quienes avivaban las llamas.

Un hombre y una mujer sostenían el único calor que quedaba en la tierra bajo las estrellas. Él era altísimo y aun parecía elevarse más cuando se ponían los ojos propios en los suyos. Contemplarlo era abandonarse dulcemente hacia el cielo lleno. Pero no había percha más firme que su mirada en medio de la noche. La mujer parecía hecha de mármol, tal era su blancura. De mármol y de luz propia. Iba abrigada y al recogerse sobre sí misma, en la oscilación de las llamas, ponía un arco en el paisaje que iluminaba las tinieblas alrededor. Había dejado las manos trenzadas sobre el vientre, redondo y manso, y a mí me parecieron dos pájaros muy pálidos dormidos sobre un monte de paño.

En vano busqué un signo en aquellas dos figuras que las emparentase con la alborotada maravilla que nos había envuelto hacía un instante. Pero la hoguera solo alumbraba una inquietud urgente, acaso sugerida por el baile de las llamas que ponían todo su vigor en denunciar, entre sombras agitadas, los pies desnudos de la mujer y el rostro famélico del hombre. No esperé más. Con gesto tembloroso tendí la naranja escarchada hacia la luz de la lumbre. Y, también vacilante, entró en aquel resplandor para aceptarla la mano blanquísima de la mujer.

Como en un sueño que hace más luminoso cada objeto y más detenida toda percepción, vi desbordarse una lágrima de sus ojos y rodar por la mejilla pálida, a la manera de un cristal que la lumbre ponía incandescente, hasta caer sobre el azúcar de la naranja. Y de allí la lágrima siguió resuelta a completar su viaje, abriendo senda tibia

sobre el confite de la piel. Por un momento, quedó colgada del vacío, retenida por la escarcha ardiente de la fruta, distinta y temblorosa sobre el lienzo inmenso de la noche antes de estrellar su brillo contra el suelo.

Aún no he olvidado el suspiro con que recibió la tierra aquella lágrima, igual que una semilla esperada largo tiempo. Junto al fuego, la mujer agitaba la naranja dulcemente, como un sonajero de luz pegado al regazo henchido. El hombre lo miraba todo, no sé si sonriente y desdentado, desde su alto abismo sideral.

Regresé a casa de mis tías sin atreverme a levantar los ojos. Pueblos de estrellas me acosaban por encima y bajo su gobierno entré en la órbita de la farola, donde se anegaron todas las luces celestiales.

Abrí muy despacio la puerta y subí las escaleras con sigilo, temeroso de verme sorprendido por la voz de mi tía Corsina antes de haber llegado siquiera a quitarme la bufanda. Pero nada ocurrió mientras volví a recuperar, en el secreto de la habitación, el uniforme de andar por casa después de oscurecido: el pijama de franela, la bata roja y las zapatillas de cuadros.

Aún habitado por el misterio de la noche recién abandonada, dudando si había visto o había soñado, me moví de puntillas bajo techo, sobre alfombras antiguas. Pisando sin ruido sobre ellas fantaseé con que era un heraldo de los tres magos de Arabia camino de anunciar a mis tías que nada les correspondía aquel invierno de parte de mis señores orientales. Y, distraído en esas fantasías, las encontré a las dos muy juntas en el umbral de la cocina, con sus caras de ardilla enmarcadas en el dintel iluminado de la puerta. Cuchicheaban y reían nerviosas, asomando la cabeza hacia el pasillo, igual que si esperasen mi llegada. Sorprendido por la coincidencia temí que algo de brujería las adornara y que hubieran sido capaces de leerme el pensamiento. La tía Hermelinda tenía una copa alta y estrecha en la mano, llena de un líquido de color ámbar. No perdía su sonrisa lela entre sorbo y sorbo.

–Tenemos un regalo para ti –anunció–. Lo ha hecho Corsina pero los hilos fui a buscárselos yo, que conste.

Me ofrecieron un paquete plano cuyos extremos tendían a desmayarse si no se sujetaban. En aquella morbidez barrunté yo los odiosos pantalones con el dobladillo cosido, preparados para el preceptivo estreno del día siguiente. Había tenido que probármelos tantas veces en la última semana que aquella ofrenda no era ninguna sorpresa. A lo mejor fue mi falta de entusiasmo o la lentitud de mi reacción para deshacer el envuelto lo que movió a mi tía Corsina a quitarme el paquete de las manos y empezarlo a abrir. Hermelinda, entre tanto, asentía sin perder la sonrisa, mirándome con una dicha inexplicable, como quien anticipa el colmo de una felicidad a punto de

verse confirmada.

Lo que al fin se desplegó ante mis ojos era obra de pacientísima costura pero no la que yo me temía. Lo que vi fue un almohadón para mi cama bordado con tanto candor y con tal fiesta de colores que me costaba creer que hubiera sido mi tía Corsina la autora de aquella fantasía y mi tía Hermelinda la procuradora de su inagotable paleta de sedones encendidos. Pero lo más asombroso era la imaginería de la costura: el ancho mundo con su varia ventura y sus siete mares llenos de naves. Era imposible conciliar la labor que estaba contemplando con la figura enfurruñada de la tía sobre el dobladillo de los pantalones, murmurando advertencias por encima de las gafas caladas a media nariz. A la manera intensa y enigmática de las revelaciones, tuve una visión: vi la aguja en manos de mi tía igual que un delfín de plata que entraba y salía del lienzo azul dejando un sendero de hilo como una espuma dormida sobre el paño.

–Mira, sobrino –me sacó Corsina del desconcierto señalando con el dedo un pliegue que había mantenido oculto hasta el momento.

Y allí vi bordado mi nombre en letras sinuosas, como mecido entre aguas de soñar.

–¿Te gusta, hijo?

–Mucho, tía.

«Tías», me corregí enseguida. Entonces se miraron un momento, entre mohínes, y se echaron a llorar las dos muy calladamente, apartando la cara de mi vista. Titubearon ambas en busca de sus pañuelos para enjugarse las lágrimas. «¿Te acuerdas cuando nos regalaban a nosotras?», le oí decir a la tía Hermelinda con la voz quebrada. De espaldas a mí se sonaron asintiendo a la vez y después de volverse más recompuestas, aunque ojerosas todavía, mi tía Corsina le quitó la copa a su hermana y vació de un trago, levantando mucho la cabeza, lo que quedaba de aquel licor radiante dentro del cristal. Luego nos sentamos los tres, yo diría que mudos y consolados, a cenar.

Si ejerciera de cuentista me conformaría con suspender aquí esta historia. Pero no es fábula lo que procuro levantar sino memoria de una Nochebuena real que hoy, muchos años después, ha vuelto a visitarme. De modo que es en calidad de cronista como sigo poniendo letra al cielo del crepúsculo, el de hoy, aunque solo sea por dejar constancia de que en su horizonte he reconocido la misma luz confitada que vi entonces. Y ese rarísimo fulgor que ahora ha traído al vientre de las nubes como un rastro de luces escarchadas, igual que el de la bandeja de frutas de mis tías, es el que me lleva hasta el verdadero final de mi recuerdo. Lo único que me queda ya es jurar por la verdad de lo que sigue.

Corsina y Hermelinda se achisparon con el vino de la cena. Y sobre él añadieron, en el preámbulo de los postres, unos cuantos sorbos de

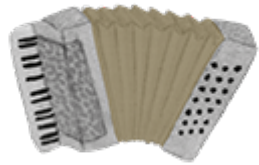
jerez. Nunca las vi tan animadas, tan generosas con el mundo ni tan dispuestas a transigir con las debilidades del prójimo: a mí me dejaron beber también una copita. Solo se enturbió la concordia universal cuando, obediente a su encargo, puse en el centro de la mesa la bandeja de los dulces. De aquel orden sagrado, erigido con previsible delectación por las manos primorosas de mis tías, faltaba la naranja escarchada, piedra angular, gobierno central y señora imperante en aquel reino de armonías exquisitas. Crecieron las lamentaciones y arreció el desconcierto ante la ausencia inconcebible. Mas duró poco la zozobra. Algo en mi actitud debió hacer indudable la culpa y esa presunción trajo una calma expectante a la mesa que hizo olvidar lo demás, en espera de las explicaciones. Pero no las di, al menos de palabra. Debía inspirarme el jerez con su ardor desconocido salpicándome por dentro.

Me levanté muy resuelto y les pedí a mis tías que me siguieran hasta el ventanal de la galería. Quería yo mostrarles mis motivos sin que hiciera falta más: una hoguera en el campo, las estrellas rodando frías en sus valles, el hambre y la penuria remediadas en noche tan blanca por la escarcha que todo parecía conspirar para el triunfo definitivo del candor sin el estorbo de su disculpa.

Nunca olvidaré los ojos incrédulos de aquellas dos señoras, el rastro de luz anaranjada que fue invadiéndoles el rostro a medida que nos acercábamos a la cristalera. Era como si un incendio devorase la noche traspasando las ventanas. También hubo de ser mío el mismo resplandor que nos alcanzaba desde fuera, como una lengua inquieta que yo veía latir en las paredes, en las lámparas, en el pelo canoso de Corsina y Hermelinda. Temí que la lumbre de los pobres se hubiera desbordado incendiando el páramo y las llamas estuviesen ya a punto de alcanzarnos. Pero era otra luz la que nos quemaba: donde había estado la hoguera, en aquella intemperie de eriales congelados, se alzaba ahora un árbol luminoso. Y el verde profundo de sus hojas no se bastaba a enfriar la luz incandescente de los frutos, una cosecha de naranjas escarchadas que ardían muy juntas, rotundas en la oscuridad inmensa del campo.

Aquella noche dormí sobre el almohadón que las tías me habían dado. Y tan cierto como el árbol que vimos los tres antes de irnos a la cama, recuerdo yo que regresé al raso de la noche entre hiladuras de colores y pisando sin ruido, como ha de ser sobre paño bordado con primores para asentar el sueño. Tanto era el silencio que oía decir a mis espaldas, camino de lo oscuro: «¿cuándo hará algo de provecho esta criatura?». Y entonces ponía el paso alegre camino del árbol de frutos encendidos y columpiaba la cestilla de mimbre que llevaba de la mano para regalar a mis tías con naranjas escarchadas al despertar.

Fuelle



Cada vez que lo cuento es como si acabara de ocurrir, tan viva regresa a mi memoria aquella noche. Y los gestos y las voces de los hombres que la compartíamos. La crudeza del aire era tanta que la oscuridad parecía sólida, un hielo remansado contra el que hubiera que remar para moverse. Hasta las estrellas pesaban en la altura amenazando con caer sobre nosotros. Por templar las manos alentábamos sobre ellas unas bocanadas que nacían tibias pero que acababan deshaciéndose tan heladoras como la noche, sin obrar consuelo alguno. Y en ventear tan tristes nieblas estábamos cuando el señor Paulino dijo aquella frase que nos suspendió la respiración un instante para ponernos a todos en ensoñaciones: «los fuelles son el aliento del mundo».

–¿Los bueyes?

Les diré que el que preguntaba era Santines y lo hacía fiel a su costumbre: la expresión pasmada y los ojos muy abiertos, paseados sobre cada uno de nosotros en busca de confirmación. Pero nadie le aclaró nada porque estábamos todos hechos a su sordera, y porque quien más y quien menos tiene lo suyo en esta vida y se aguanta. Nunca han faltado fiebres, ni toses, ni cojeras, ni reúmas, ni pulgas, ni malas dentaduras aquí y allá. Lo mío era un hombro echado a la ruina desde hacía años. Mas no por eso dejaba de hacer lo que me correspondía sin esperar consuelos de nadie.

Habíamos salido a fumar. Si nunca han descargado un vapor de cien toneladas corridas de cabotaje no saben lo que vale un descanso, aunque haga un frío en cubierta que congele los ánimos más templados. Pero qué cosas. En cuanto nos quedamos quietos, perdido cada cual en sus penas enredadas en el humo, empezamos a echar de menos el trajín del sollado. Al momento estábamos mirándonos unos a otros, con los cuellos subidos, el pitillo en la boca y las manos hundidas en las ropas de labor. Era como si cada uno descubriera en los demás los rigores de estar al raso sin hacer nada.

En un rincón del muelle, palpitantes en la luz indecisa de una

farola tan temblona como nosotros bajo el cielo, había unas cajas amontonadas y restos esparcidos de basura entre cuatro tablones cariados. Unos cristales rotos por el suelo devolvían los guiños de la farola, como un corazón multiplicado en sus agitaciones. Así andarían los nuestros también. Alguien propuso algo sin alzar mucho la voz, medias palabras envueltas en la niebla de un aliento que pasó deshaciéndose a mi lado. Pero en los oídos se quedó varada su lumbre. Y así fue como, de pronto, nos vimos todos abandonando el barco con precipitación, revueltos en un entusiasmo casi infantil que a veces estallaba en una risotada, cuando no en un grito o en un atropello por adelantarse a un compañero mientras cruzábamos el pantalán a la carrera, camino del charco amarillo de la farola. Y el mismo desorden alegre con el que desembarcamos gobernó primero todos los afanes por amontonar los cartones y las tablas, y puso después en movimiento todas las manos, que no tardaron en abrirse para mostrar unos flecos de estacha raídos por el tiempo, y en seguida se sumaron a aquellos despojos unos cuantos papeles volanderos que estaban esparcidos sobre el muelle, como restos caprichosos de un naufragio. En cierto momento, con la sonrisa aún dibujada, feliz por el acopio que pronto echaría a arder, levanté la cabeza para mirar al barco. Rezagado, a su paso y con la expresión embobada de siempre, bajaba Santines por la escalera de amarre para venir a juntarse con nosotros.

No hay como un buen fuego cuando el único gobierno que se impone alrededor es una tenaza negra de hielo. Como no hay historia mala si sabe entregarla una voz. A un comerciante de Chipre, que parecía ofrecer oro en vez de naranjas, tan bien las predicaba, le oí yo afirmar, con esa voz devota que digo para meterse en cuentos que todo lo hacen verdad, que los ángeles únicamente saben pronunciar una palabra: «fuego», me confió bajando la voz. La dicen mientras van y vienen por una escala –siguió metiéndose en detalles– y cada vez que se saludan con esa seña en los labios, se anima una hoguera en el mundo. Pues de aquella confidencia me acordé viendo a Nobriga, el portugués, afanado en sacar llamas de los restos que habíamos juntado. Pero antes de aplicarse al incendio, había buscado el resplandor de la farola llevando un papel de periódico en la mano, una de esas reliquias recién recogidas por el muelle. Y bajo la luz amarilla se había puesto a leer con mucha aplicación, como deletreando: «a las doce y media, hoguera tras la misa del gallo en la iglesia de santa…». Ni acabó. Fue recitar aquello poco y ponérsele una cara que no sabría decir si era de desconsuelo o de ternura, porque también quise entrever algo de zozobra y de dolor en la mirada. Luego, dejando caer las manos que sostenían el papel y poniendo los ojos en lo alto, exclamó muy sentido:

–Ah, se eu estivesse em Miranda agora… Aquelas são foguerias de

Natal.

–¿Y qué sabemos si el periódico es de hoy?

Tenía razón la voz tonante de Irondo, el maquinista. Nada como andar dando tumbos por los siete mares sin que a uno lo esperen en ningún sitio para perder el rumbo de los días. Y trajinando entre válvulas y calderas más, que hundido en aquellas prisiones de vapor se borra el tiempo. Fue entonces cuando Nobriga, volviendo a tierra los ojos, empezó a arrugar con rabia la hoja de periódico y a retorcerla hasta sacarle punta. Y con el mismo coraje buscó en un bolsillo y rascó una cerilla contra el suelo, y amparando su breve incendio con la mano lo llevó a un cabo de la hoja, que humeó primero y resplandeció enseguida, contagiado el ardor. Puesto de rodillas, el portugués aplicó la antorcha de papel al barullo de ruinas que habíamos juntado sobre la dársena. Y todo empezó a temblar alrededor a medida que el fuego prosperaba y ponía agitaciones en las sombras, que también eran inquietudes del ánimo viendo latir la fragua de la hoguera.

Nobriga, cada vez más empeñado en su labor, estaba ahora a cuatro patas sobre el suelo soplando con mucho ímpetu sobre la llama recién nacida de la lumbre. Y ahí fue cuando el señor Paulino, que aún jadeaba un poco, apenas rematado el oficio de reunir despensa para el fuego, dijo muy discretamente aquello de que los fuelles son el aliento del mundo. A mí, qué quieren que les diga, la voz tenue pero vibrante que me llegó de labios del señor Paulino, una voz que recordaba a la llama que se iba afianzando delante de nosotros, me sonó tan cierta como la que predicaba aquel comerciante de naranjas del idioma secreto de los ángeles.

La verdad es que entre el fuego y lo apuntado, ya estábamos todos pendientes de las palabras que tenían que seguir. Pero no llegaban. Y aún faltaba el desconcierto obligado de Santines, esos bueyes mal traídos a su oreja que fueron a perderse en la misma ausencia de la que habían venido. Alejándose estarían todavía cuando el señor Paulino echó al fuego un tablón. Luego hizo un gesto para que nos acercáramos a él, que nunca le gustó alzar la voz, con lo bien que le sonaba. Y así fue como empezamos a escuchar, tocados por aquella palabra suya que igual sabía sostener nuestra atención que despertar con su gracia las lenguas del fuego, crecidas de pronto en el aire, como puestas de puntillas para ver al auditorio allí reunido: seis almas perdidas, por no decir abandonadas, estábamos alrededor. Y creciéndose la llamarada en una de esas conquistas del aire, estalló con un chispazo que a mí me pareció una sílaba suelta echada al vuelo, un alarde o un saludo, de relator a relator, antes de amainar de nuevo para ceder la palabra. Y el señor Paulino, que entendió la invitación de la lumbre, empezó a contar.

«Una vez –dijo–, tuve yo al mundo acunado en el regazo. Y con un

fuelle le di aliento. Fue una de esas noches de la infancia que no se olvidan nunca. Una noche en que las estrellas se descolgaron tanto de la altura que parecían oír los parlamentos de los hombres y consolar sus tristezas haciéndolas radiantes bajo sus fuegos. Casi como hoy».

Paseó la vista sobre nosotros y todos levantamos los ojos hacia el cielo. Nobriga volvió a sus melancolías a media voz:

–¡Ay, hoje em Miranda, que lindas luzes…!

«Había estado nevando desde el mediodía –regresó el señor Paulino a aquel tiempo antiguo que nos contaba–. Y yo respiraba muy quieto, pegado a la ventana, viendo nevar hasta quedarme medio lelo, que no hay función que más ensueño ponga en la mirada que el viaje reposado de los copos una hora tras otra. Mi madre trajinaba más atrás, haciendo músicos los pucheros, levantando aquí y tapando allá, entregando al aire una lenta sinfonía de hervores y humaredas. Se empañaban los cristales con aquellas notas del vapor y a mí se me iba emborronando el mundo. Abrí con la mano un mirador que me salió muy redondo en el cristal lloroso y entonces, por su centro, como si fuera uno de esos equilibristas del circo que caminan metidos en una esfera de ámbar, vi a un hombre embutido en un abrigo largo, inclinado hacia delante y con un gran bulto a la espalda. Tardé un momento en reconocerlo, pero el mechón de pelo rubio que le llenaba la frente, un gran rizo dorado que regresaba a esconder su punta cana por debajo de la gorra, no tenía pérdida. Aquella onda, que arrancaba amarilla como el sol y moría en una greña nevada, la había visto yo la víspera muy sublevada, cuando la estremecía el aire trastornando su asiento y poniéndola a ondear. Un gallardete flameante de oro blanco en medio de la helada. Y había visto también el fardo de la espalda, pero abierto entre sus manos: un acordeón de color púrpura con las teclas de nácar. Lo diré: el que pasaba por el ojo de la ventana, liviano entre los copos, como perdido en uno de esos remolinos agitados de las bolas de nieve, era el acordeonista que yo había visto tocando en las escaleras de la catedral, sentado con mucha compostura en un cajón.

»Siempre quise ser músico –se confió el señor Paulino, dejando un momento la historia–. Y mi padre también quería. “Aprende un instrumento, rapaz, que solo tengas que salir de casa para ir con él de fiesta”. Pero es ley no hacer caso de los que saben. Y así andamos, como no quería mi padre, de cabo a rabo del mundo y sin saber el día que habrá uno de volver. Los adioses suyos valían por un año. Ahora se entiende el sufrimiento paciente de mi madre, que vivía para pagar ausencias. Bien creo que por eso me hiciera siempre la misma encomienda cuando me veía abrir la puerta de casa: “no tardes, hijo”».

El señor Paulino sacó un pañuelo y se sonó la nariz. Antes de guardarlo lo pasó brevemente por el rabillo de un ojo al tiempo que

encubría un sorbetón. La lumbre palpitaba, cada vez más cálida.

«Podría contaros ahora lo que comimos aquel día mi madre y yo –retomó el hilo el señor Paulino–, aunque solo fuera por enseñaros el arte que tiene la cazuela del pobre para engañar el hambre. Pero no hay como decirlo todo para aburrir. Así que, bastará con saber que yo sorbí con prisas y quemándome los labios lo poco que había en el plato, y que con mi madre aún sentada a la mesa, me puse de pie y le dije que quería pisar la nieve, dejar una huella a la puerta, solo eso».

El señor Paulino hizo entonces una pausa, lo recuerdo bien. Y nos fue mirando con calma, como quien anda metido en comprobaciones que solo él alcanza. Cuando dio por terminada la inspección, volvió a hablar. Y lo hizo pidiendo renuncias: «Los buenos entendedores nunca necesitaron más palabras de la cuenta. ¿Hará falta que diga la respuesta de mi madre?». Y quedó como a la espera. Lo cierto es que nos oímos replicando todos a una: «no tardes, hijo». Lo dijimos hasta con sentimiento, como si de verdad temiéramos por el regreso del que salía a dejar huella en la nieve. Para enredar contando no había otro como el señor Paulino, siempre lo diré. Allí el único que no abrió la boca fue Santines, que seguía con la expresión muy concentrada, casi dolorosamente absorta, y con una mano abierta detrás de la oreja para no perder detalle.

«Pero yo tardé. Tardé muchísimo. Tardé tanto que mi madre tuvo que salir a buscarme con la noche ya asentada. Había dejado de nevar y el cielo, que se apagó dejando un ascua roja en la memoria de cuantos lo vieron morir entre los tejados, acabó siendo una era inmensa y oscura, sembrada de estrellas. Ahora puedo imaginar a mi madre llena de temores, llamándome en voz alta, cada vez más lejos de casa, preguntando nerviosa a quienes se cruzaba en su camino, envejeciendo bajo la luna a cada paso. Cuántas veces habrá vacilado, la pobre mujer, en una encrucijada; y con qué desamparo vagaría a medida que las calles se fueron haciendo solitarias. Hasta que, ya desesperada, le pusiera un sobresalto en el corazón una forma aun confusa en la distancia, y por aclararla se arrancara a correr, ciegamente al principio pero cada vez más firme en sus premoniciones, que acabaron siendo certezas, por fin, cuando estuvo a pocos pasos de un niño pequeño, un niño pequeño y sentado en unas escaleras, tan perdido en asombros propios que parecía haberse olvidado hasta de respirar. Apenas unas nubecitas cándidas alumbraban las idas y venidas de su pecho».

El señor Paulino se quedó en silencio. Le bailaba la lumbre en los ojos cuando los paseó sobre nosotros para preguntar con una voz llena de expectaciones contenidas: «¿no os lo imagináis ya?». Pero antes de que ninguno intentase siquiera decir algo, se adelantó él:

«Yo había perdido la cuenta del tiempo oyendo un acordeón. O a

lo mejor es que entré por un tiempo distinto aquella noche, dueño de edades que eran solo mías. Desde que salí de casa y puse un pie sobre la nieve me sentí llevado por el milagro. A una huella le siguió otra, a un paso el siguiente y a ese uno más nuevo, más alejado cada vez… Yo caminaba dormido, ajeno al curso de mi correría, transportado de este siglo, vagabundo en otra creación que estaba y no estaba en esta. Iba doblando esquinas mudas, peregrino encantado por calles nevadas, entrando en plazas que eran y no eran las que yo pisaba, errante por unos escalones en los que, al fin, me senté con el cansancio de quien ha corrido leguas que ya no sabe recordar. Y allí sentado, fui habitando un sueño que tenía sus horas, las que dejaba caer una campana muy alta, cuyo eco bajaba a confundirse entre los pliegues de un acordeón para renacer de nuevo y regresar a las alturas mudado en otra música, una que había confundido el tiempo de la tarde hasta entregárselo, dócil y remansado, a la noche y sus constelaciones detenidas, igual que yo, también para escuchar.

»Aún oía el desmayo de una campanada entre las notas del acordeón cuando mi madre me abrazó. La sentí agitarse llorando en silencio contra mi pecho, que cabía en el suyo porque no era tan ancho como el de mi padre para sujetar aquellas inquietudes que lo desbordaban. Pero ella me envolvía con la misma firmeza o con la misma desesperación, sabe uno ahora, que ponía para abrazar con toda su alma a mi padre cada vez que regresaba. “Por amarres así se hace uno navegante”, me dijo él una vez, guiñándome un ojo por encima del hombro de mi madre.

»Tiró ella dulcemente de mí para levantarme de los escalones. Pero antes, con un gesto urgente, se había secado la mejilla con la palma abierta de la mano, que regresó para cerrarse con fuerza sobre la mía. “No vuelvas a hacer esto, ¿me oyes? No vuelvas a desaparecer así”. Lo decía apretándome mucho al tiempo que me sacudía el brazo. Y en este ardor estábamos, que había más amores dolidos en el gesto de mi madre que puro desconsuelo, cuando habló el acordeonista. Lo hizo sin abandonar la melodía que tocaba, pero dejándola morir poco a poco, como un murmullo de aguas que fueran pasando cada vez más lejos. “No lo riña, señora. El muchacho ha estado aprendiendo el oficio”. Mi madre se volvió hacia el músico, que la miraba muy grave, con aquel rizo de oro claro alumbrándole la frente. Lo estoy viendo: allí sentado sobre el cajón al pie de la escalinata de la catedral, lleno de autoridad sin decir nada, dejando apagarse dulcemente el acordeón. Y entonces todo pareció descomponerse cuando suspendió de golpe el ejercicio de los dedos y sobrevino un silencio que dejó a la noche en una intemperie nueva, como si la hubieran desnudado bajo las estrellas. Y bien podéis creer que de aquella orfandad tan desvalida que de pronto lo contagiaba todo, solo renacimos cuando la voz del

acordeonista volvió al mundo para decir: “¿no quiere oírle tocar?”».

El señor Paulino se calló. Y después de un poco, empezó a buscar en los bolsillos, a palparse la chaqueta de pana, a revolver de nuevo, muy a conciencia, ahora en las profundidades del pantalón, a pasar de allí a la camisa, entreabriéndose la ropa, y a regresar sin haber dado con lo que buscara a un bolsillo remoto, cosido en el forro del chaquetón. Nosotros seguíamos la maniobra con impaciencia, ansiosos por regresar a aquellas escaleras nevadas en medio de la noche. Hasta que, por fin, de alguna hondura oculta de la ropa, salieron las manos llenas: mecha, eslabón y pedernal. El señor Paulino lio un cigarro con calma, al tercer golpe prendió la chispa en la mecha, avivó la tímida brasa de un soplido, la aplicó a la picadura recién liada y, cuando mató contra el eslabón el brevísimo fuego, todos vimos cómo la lumbre grande de la hoguera se distraía un momento, embelesada con la suerte de aquella otra llamita que volvía a traer palabras antes de apagarse.

«El acordeonista me tendía la mano y mi madre iba abriendo la suya para dejarme ir. Todos los movimientos parecían gobernados por alguna ley misteriosa, qué sé yo si sagrada aquella noche bajo las estrellas. Solo acertaré a deciros que me vi sentado en el cajón, y que a la estatura imponente de la catedral, que ardía por las vidrieras con las lámparas encendidas en su centro, se sumó, mucho más poderosa, la inclinación del acordeonista para cederme su lugar. Luego me colocó en el regazo el instrumento, me acarició la cabeza y antes de separarse de mí, me dijo al oído, como quien confía un secreto: “déjalo respirar”.

»Os aseguro que yo, que jamás había tocado, no dudé. Afirmé mi postura sobre el cajón y con la misma ceremonia que había visto emplear al músico, aflojé el instrumento y extendí el fuelle en un arco desmayado, como un pájaro que desperezara las alas justo antes de volar. No sé qué músicas salieron del acordeón pero por sus pliegues recién abiertos, igual que un pecho henchido dispuesto a recibir al mundo, empezaron a asentarse, llenando las crestas y los valles de aquellos surcos de cartón, las mismas figuras que ponían las estrellas en el cielo: centauros y peces, carros y arqueros, cisnes y balanzas, doncellas y leones vibraron llameantes en el fuelle. Y con cada suspiro del acordeón revivía el retablo.

»Respiraba el instrumento entre mis manos y por su regazo abierto figuraban selvas, playas y desiertos, un camino nevado que se perdía a lo lejos, con un hombre tirando de una caballería, y un campo de trigo meciéndose aún verde al primer sol; salió después, en otra bocanada que puso rebosante al fuelle, un encinar colmado de escarcha. Y de ahí pasé a sostener una nota vibrante, una nota cristalina para que una niña se apartara el pelo inclinándose a beber el agua de una fuente.

También parecía el fuelle tener caprichos propios, que ofreció un reloj de arena y su hilo al caer era el sonido que yo sacaba de las teclas, pisándolas de puntillas con los dedos. Y vino luego una ruidosa romería en la que un mozo, muy galán, convidaba a bailar. Y en otra diversión, que acaso ya era propia, que cada vez me iba haciendo más dueño del instrumento, asomó un gato dormido junto a un fuego y panes blancos y manzanas y membrillos sobre una mesa, y una ventana abierta por la que se escapaba un cantar. Cuando mermaba el fuelle, el mundo también se hacía pequeño y entonces eran las lentejuelas que una costurera enhebraba delante de una vela lo que se veía brillar. En un surco estrecho, el que yo le dejé al instrumento en una apretura que lo tenía casi enteramente recogido, parpadeó, lo que duraba una última nota que di muy sostenida, una estrella muy pálida sobre un atardecer violeta.

»Poco a poco iba entendiendo yo que los esparcimientos que mostraba el acordeón eran un aliento de mis ensoñaciones, si no de mis melancolías. Y cada vez más valedor de las notas que hacía florear persiguiéndose en el aire y de las industrias dóciles del fuelle, eché el pensamiento a volar sobre unas olas que morían, muy rumorosas y muy blancas, en la proa de una nave. Gallardo sobre el puente, con las manos apoyadas en la batayola, miraba el horizonte un hombre. Y sin abandonar la lejanía en la que tenía puesto su cuidado, se sacaba una carta del bolsillo, la contemplaba abstraído un instante y la echaba al mar con un gesto muy ligero de la mano. Subía y bajaba yo por una escala de notas con las teclas y hacía la carta un vuelo quebrado, girando y deteniéndose en el aire, cayendo y volviéndose a elevar, como una gaviota caprichosa, hasta que se desmayaba blandamente sobre una de aquellas olas, que sujetó la letra sobre el techo de su espuma, sin apenas salpicarla, y con ella prendida de los hombros empezó a alejarse hacia la orilla. Todavía acompañé su viaje un poco, aunque con menos travesura que su vuelo, y entonces fui amainando el acordeón muy lentamente hasta que en la plaza no quedó más que un rumor, casi un suspiro, sobre la sal.

»Vi a mi madre llevarse las manos juntas al pecho, como en uno de esos vuelcos que da el corazón. Y en la mudez suspensa de su cara, reconocí, tan distinto como lo había declarado el fuelle, el rostro reflejado de mi padre mirando el horizonte, mirándola a ella y siguiendo la estela de la carta bajo la luz temblorosa de la Polar».

El señor Paulino suspendió el cuento para aplicarse al cigarro y tuvo que soplar la brasa con urgencia, que se le iba apagando de tanto estarse sin animarla. Empezó entonces a dar caladas muy largas cerrando los ojos en cada aspiración. Y de la avidez por resucitar la picadura pasó a fumar con mucho deleite, y a ausentarse tanto en los garbeos de la lumbre extraviando la vista que parecía haberse

olvidado de nosotros. Ya se nos hacía largo el descuido y una voz, creo que la del gambucero, un calabrés muy reservado que hasta entonces no había abierto la boca, se atrevió:

–¿E poi, cosa è successo?

«Luego –prosiguió el señor Paulino, vuelto de sus abandonos al tiempo que se quitaba una hebra de los labios–, luego… ¿Qué pasó luego? Ah, sí: luego volvió mi madre a los abrazos. Y a llorar, aunque ahora de otra manera. Casi me rompe una costilla contra el acordeón, que aún lo llevaba puesto. "Hijo mío, hijo mío…". No decía otra cosa, mirándome con unos ojos llenos de lágrimas y de luz. A mí, podéis creerme, nada me parecía extraordinario: ni la expresión dichosa de mi madre en medio del llanto, ni los resplandores que bajaban a la escalinata desde las vidrieras de la catedral, como lumbre vertida por las torres, ni el arte que había tenido yo para sacarle música al acordeón, yo, que sigo sin atinar con el toque para avisar del rancho. Pero también os digo que era bastante con mirar al cielo y ver su fiesta gloriosa de luminarias, mudas en sus giros sobre las agujas de la catedral, pero arropándola bajo sus luces de seda, para saber que aquella era una noche en la que lo vivido y lo soñado compartían todos sus discursos».

El señor Paulino levantó entonces los ojos y murmuró por segunda vez: «casi como hoy». Y por segunda vez miramos todos a lo alto y durante un rato nada pareció importarnos tanto como las estrellas.

«Mi madre –volvió a traernos el señor Paulino a la tierra– me daba otra vez la mano. Yo sabía que ella quería irse, verme por fin metido en casa, cenando los dos y poniéndole letra a los asombros de la tarde con las cabezas muy juntas ante la chimenea. Pero el caso es que no encontraba palabras para despedirse del acordeonista, que fue siempre muy cumplida, la mujer. Las puso él, no os apuréis. "Toma", me dijo a mí tendiendo la mano, "de músico a músico". Abrí yo la mía y sobre la palma abierta dejó él muy delicadamente una moneda. La misma que yo le había dado cuando me senté a escucharle tocar. Y sin decir más, salvo un gesto de saludo a mi madre llevándose dos dedos a la gorra, empezó a alejarse con el acordeón echado al hombro, un poco inclinado hacia adelante y con su rizo de oro pendiendo del aire más que de la frente. Cuando alcanzó el extremo de la plaza, al entrar en el círculo de luz de una farola, me pareció que caminaba dentro de una pompa de jabón.

»Volvíamos mi madre y yo a casa muy juntos de la mano. Por callejas sin un alma caminábamos igual que dos sonámbulos pisando una nieve crujiente, un hojaldre blanco que nos hería los pies con su frío. Cada pocos pasos me subía ella el cuello del abrigo. En el pórtico de Santa Nonia nos detuvimos a contemplar el misterio, detrás de una reja. Lo habíamos mirado muchas veces al pasar pero nunca como esa

noche. Allí, los dos muy quietos, helados bajo la arcada inmensa de las constelaciones, vimos el otro cielo, uno de celofán azul tendido por encima del portal. Y los dos reparamos a un tiempo en el ángel que descendía por aquel firmamento llevando una tela inmaculada entre las manos. Venía deseando paz en letras de oro escritas sobre las arrugas del paño. De pronto, mi madre me apretó la mano y noté su sobresalto emocionado porque era también el mío: coronando la frente del ángel, haciendo la misma onda amarilla que moría en un vértice de plata, los dos estábamos contemplando el rizo radiante y revoltoso que habíamos visto antes ondear sobre…».

Y entonces el señor Paulino, cuyo aliento quemaba, como si habitasen en él los últimos ardores de la hoguera, suspendió el discurso sin aviso. «Pero no –advirtió–, mejor no decir más. Mejor compartir el secreto sin nombrarlo». Y prosiguió por donde iba, o pocos pasos más adelante.

«Corrimos felices hacia casa como si nos llevara el ángel en volandas. Y con la misma facilidad que supiera tocar el instrumento acerté a levantarme de la tierra sin esfuerzo. Creedlo: yo hacía el camino de vuelta por los aires, llevando a mi madre de la mano, pisando de puntillas sobre los tejados y sentándome en el borde de las chimeneas a ver las ventanas de las casas, que latían azules y rojas y amarillas, igual que un nacimiento dispuesto a nuestros pies».

La lumbre era ahora un rescoldo cárdeno que boqueaba los últimos arrojos pidiendo nuevas palabras para sostenerse. Oímos la sirena de un barco, a lo lejos. El señor Paulino dio una última calada y arrojó con fuerza la colilla, que se perdió en la noche como una estrella fugaz. Pero ya no volvió a hablar. Unidos por su silencio todos contemplábamos la agonía del fuego, que también era la nuestra ahora que sentíamos el desamparo de no contar con más palabras. Y era difícil saber cuál de las dos penas se sufría peor, si la del aliento moribundo de la lumbre o la de la voz que había cesado. Suspenso en un duelo que no parecía el nuestro, Santines seguía alerta con la mano detrás de la oreja.

–Nunca me gustaron los nacimientos –rompió el silencio Irondo el maquinista–. Jamás les ponen barcos llegando a puerto.

Y empezó a alejarse hacia el carguero con las manos embutidas en el chaquetón. Maneras de protestar, quién lo duda. No tardamos mucho en seguirle los pasos. Íbamos cabizbajos y sombríos, qué sé yo si melancólicos con aquellas visiones del señor Paulino que apenas hechas propias ya había que olvidar. Allí el único horizonte inmediato volvía a ser la estiba. Antes de salir al cigarro tenía yo menos que perder, eché la cuenta con algo de amargura.

Los últimos en subir a bordo fuimos Santines y yo. Estaba él todavía en la escala, tendiéndome la mano para que lo ayudase en el

paso final, cuando me quedé distraído un momento. Sobre el muelle, junto a la hoguera recién abandonada, había una figura. Alguien que parecía un niño se empeñaba en reavivar la llama, soplando en cuclillas. Y algo logró, que bien pude ver cómo se alzaba con una lágrima de fuego prendida en un palito. Parecía una bengala inquieta en su mano. Miró el niño hacia nosotros y movió muy discretamente los labios.

Cuesta creer lo que pasó entonces. ¿Pero qué necesidad hay de mentir cuando uno no vale para ello? Solo quisiera el arte del señor Paulino para contarlo, o siquiera la música de su voz. Veréis: Santines, que seguía agarrado a la escala, volvió los ojos a tierra y sin perder el equilibrio hizo una reverencia muy solemne hacia la figura que estaba junto a las brasas, que replicó con la misma gentileza. Y apenas terminaron las cortesías se extendió un silencio que suspendió todos los rumores de la tierra. De la tierra entera, con sus mares y sus ríos y sus ciudades y sus caminos y sus vientos, tan grave era. Entonces, en medio de esa imponente pausa, oí a Santines susurrar una palabra. Lo hizo con tanta medida que fue como ver alejarse la voz de sus labios en medio de la noche. Aquel murmullo aleteó primero estremeciendo el agua, que empezó a rasgarse igual que una tela, como si la letra pronunciada fuera abriendo un surco sobre el mar en su progreso. Y estalló después, en cuanto aquel aliento tocó tierra, en un sobresalto de alegres luces que fueron a precipitarse sobre el rescoldo de la hoguera como una lluvia inflamada. Y entonces las brasas, que no eran más que un balbuceo dormido en el suelo, se desperezaron echando chispas alrededor y tras un momento de calma en el que pareció que vacilaba su ánimo, se alzaron de golpe en una llamarada poderosa que dejó la noche confundida de luces y a las estrellas en un desvelo que también a mí me intimidaba. Ascuas y luceros se repartían el cielo sobre nuestras cabezas y llegaba su incendio a todos los rincones, que latían renovados en la claridad de las llamas.

Aún confundido por el espectáculo miré a Santines. Me tendía la mano de nuevo para que lo subiese a bordo, como si nada acabara de pasar. Tiré de él y me pareció que era una pluma lo que yo traía al barco en vez de un alma mortal. Cuando estuvo a mi lado me dio una palmada en el hombro. Lo vi alejarse con aquellos andares suyos, un poco desvalidos, hasta que se perdió por la escotilla de popa tras ajustarse un momento antes el cinturón.

Ya les decía que recuerdo todo aquello como si acabara de pasar. Y cada vez que lo cuento voy ganando en confianzas. Si excuso ahora de apuntarles qué palabra salió de labios de Santines para revivir el fuego es por respeto a las maneras del señor Paulino, que también de escuchar se aprende algo. Ya saben, eso de no ponerle nombres al secreto entre buenos entendedores. Y lo de no aburrir por querer

contarlo todo. Pero a una confidencia no renuncio: desde aquella noche el hombro no me ha vuelto a doler. Y fíjense lo que les digo: allí donde Santines me había palmeado cuando lo subí a cubierta, sigue sin enfriarse un delicado rescoldo, como un aliento amigo que antes que saludo voy teniendo, cada vez con más certeza según lo cuento, por angélica bendición.

Estrella errante

No se sabía si la noche, aquella noche tan diáfana de enero, era más de la nieve, del hielo o de la luna, que los tres ardores porfiaban por dejar su lumbre blanca en las miradas. O así me pareció que ardían los ojos de mi madre, llenos de confianza cuando me hizo la encomienda, agachándose hasta dejar sus pupilas enfrente de las mías: había que llevar a casa de la tía una cazuela con peras en vino recién sacadas del hogar. Y aceptaba uno en el recado el prestigio de sentirse mayor, pero sin renunciar al mimo de dejarse abrigar en el pasillo; y, de paso, de calzar unas madreñas en secreto, las de mi padre, tan grandes que meterse en ellas era como subir en góndola.

Llevaba yo un encargo breve bajo el cielo inmenso y disfrutaba de esa licencia de la temprana edad que agranda los confines que se ofrecen a deshora. Porque la jornada, no más de cien pasos hasta su destino, era en fecha de milagros, que todo ocurría la víspera que detiene el curso de los astros por hacer de la noche un Oriente perpetuo donde soñar.

No hay camino, por corto que sea, sin su cordel de amenidades. Y yo hacía por reconocerlas a cada instante. Me entretenía en las licencias del aire azul, echando el aliento a confundirse con la helada. Llevaba el empeño de dibujar palabras con la respiración; hechas humo, subían a juntarse con la nube blanca de las chimeneas: que pudiera conocer yo los signos del prodigio, murmuraba, descubrir una huella insólita ante el portal de mi tía, y ya iba atisbando en la distancia la nieve inmaculada; acaso, me atrevía, un encuentro con aquellos señores del desierto, ellos y yo cruzándonos en nuestras embajadas. Pero pronto triunfaron afanes más concretos, madurados todo el año para hacerse verdad aquella noche: un balón, y ponía los labios muy redondos para decirlo, por ver pintada su figura en la niebla que salía de mi boca; un tren, y solo podía ser de vapor porque alargaba tanto la vocal que sostener su nombre sin ahogarme era un sofoco, como una caldera hirviendo; un arco, y se afilaba el aliento igual que una flecha que buscara su destino, cielo arriba; un castillo…

Recuerdo que iba sujetando los pasos, crujientes sobre la helada, por dar más cabida a los antojos antes de llegar al portal de mi tía. Y enredado en algún punto de aquella retahíla me sorprendió un eco nuevo, distinto del que yo traía, pero tan cautivo como el mío de la ilusión. De pronto, eran cascabeles lo que llenaba la noche.

Me paré en medio de la carretera blanca y atendí a la oscuridad sonora. Del otro lado de la curva, perdido en sombras, llegaba aquel rumor alegre que en seguida se afirmó con el imperio de unas sólidas pisadas. Antes de que la luz amarilla de una farola revelara lo que traía la noche, supe que llegaba un caballo. Y envuelto en el bullicio de los cascos, previ al jinete. No era una noche cualquiera ni mis plegarias fingidas. Entregado a la premonición, temí que se hicieran ciertos los deseos, que el mismo don Melchor apareciera cabalgando, cegador bajo la corona y severo con los testigos de su secreta epifanía.

Busqué la acera y el amparo de su nieve amontonada. Más quería yo que brotaran allí montes de verdad bajo los que desaparecer al paso de la majestad de Oriente. A mi espalda, el ojo de la farola parecía haber nacido para delatar la senda de pisadas que iba yo dejando en mi carrera por refugiarme en lo oscuro. Las madreñas de mi padre me estorbaban, que las perdía a cada paso tratando de no encallarlas por los peales. Pero ya era tarde para acordarse de las botas que me ofreciera mi madre, aún calientes del horno. Acabé rodando por la nieve. Pegado a la pared de una casa, con el corazón latiendo en los oídos, pensé que la noche confundía los misterios y era yo el Mago que se espantaba del niño que pudiera descubrirlo. Tales zozobras me invadían en aquel ardor ciego por ver y no ser visto.

La farola, volando por encima de los tejados para derramar su lágrima amarilla sobre la nieve, puso forma a la música que anunciaba la carretera. En su círculo de luz se revelaron por fin los cascabeles y haciéndolos sonar, el paso sonámbulo, la carne castigada y la osamenta bailona de Gaita, el caballo de Serafín el Basurero. Tambaleándose en la silla venía el amo, no sé si dormido, con su zamarra raída y sus botas de goma por encima de los pantalones de labor. Se cubría la cabeza con el serón de arpillera que usaba para cargar los cubos con la ceniza del carbón. Por el cuello mal cerrado del tabardo asomaban no sé qué extraños brillos, que también iban a escurrirse por la caída de la pernera, y protegiéndose las manos de la helada, había logrado sujetar un andrajo de tela con una vuelta de las riendas.

Desde las sombras, yo miraba con terror la presencia de aquella figura que se avecinaba. Serafín el Basurero era la encarnación absoluta del mal y sus violencias. En un momento se atropellaron los miedos y cayó sobre mí, con un peso más grave que la noche y su intemperie, el recuerdo de las advertencias populares que pintaban al

Basurero de insaciable vaciador de entrañas infantiles. Y a esa amenaza tantas veces escuchada se sumó el repaso de los cruentos oficios de Serafín, despellejador de perros y ahogador de gatos, cegador de jilgueros por dormirles el canto y hombre solitario entregado a toda suerte de sacrificios feroces en una casa, que, con justicia siniestra, estaba unida al cementerio. Aquella vecindad, que acaso hubiera elegido él por natural inclinación, le había valido el cargo de enterrador. Y entonces le recordé surgiendo de una fosa, la pala echada al aire por delante, en el entierro del señor Eusebio, nuestro vecino. Y seguí viéndole mientras gobernaba la maniobra de bajar el ataúd con una soga, un paso por delante de todos, dando instrucciones secas y agresivas, dueño absoluto de las voluntades, sucio y descuidado frente a la compostura de los reunidos para rezar por el muerto.

Todos los miedos venían juntos, pero si había un espanto que lo trastornaba todo era estar viendo a Serafín fuera de horario, poseedor de otra vida que no transcurría bajo el sol, la vida que lo hacía coincidir en mi camino hacia la escuela, con Gaita y sus cascabeles tirando del carro mientras él volcaba la escoria de las cocinas en la caja y devolvía con desidia, cuando no de una patada, los calderos vacíos a la acera. Solía blasfemar entre la nube de polvo que dejaba en el aire la ceniza removida y, con los ojos aún llorosos, descargaba un varazo sobre el caballo, que se removía en un estremecimiento antes de andar, como si la costumbre de los palos le sorprendiera siempre desprevenido, quizá olvidado de las furias del amo.

Mas fue precisamente Gaita, aquel caballo sin memoria, el que se percató de mi presencia en una orilla. Cuando llegó a mi altura se detuvo y cabeceó mirando hacia el rincón en el que me ocultaba. Igual que si me saludase. Serafín pareció despertar, y erguido sobre la silla, escrutó las sombras. ¡Cuánto llameó a la luz de la farola, con más claridad que bajo el sol, la cicatriz perdida entre las barbas! Y el ojo de cristal. El Basurero miraba hacia mí con tal intensidad que hasta aquel cuenco opaco parecía arder como un faro para buscarme. Me sentí sin peso, como huérfano del mundo que me sujetaba. Y fue así como me despegué sin esfuerzo de la pared. Perdiendo una madreña, salí al encuentro del jinete paso a paso, incapaz de oír el sonido de mis pies hundiéndose en la nieve, atento solo a aquel hombre que en lo alto de un caballo abría y cerraba la boca como si devorase la noche.

Nunca supe qué palabras salieron de aquellos labios. «¿Qué hacemos ahí escondidos?», o «ven acá que te vea». Acaso una blasfemia. Pero yo me acerqué a Serafín como si lo hubiera estado esperando desde que el mundo es mundo para tenderle la cazuela con las peras. Me miró desde su altura con una fiereza, me pareció, algo

sorprendida. Después lo vi inclinarse mucho sobre un costado, y palparse la ropa dejando caer las riendas antes de aventurarse a rebuscar en alguna hondura. Por un momento, temí que se viniese al suelo en la maniobra. Pero enseguida recobró la posición y empezó a alargar hacia mí una mano cerrada. Destapé yo la cazuela y el aliento tibio de las peras fue alzándose en el aire hasta encontrarse con un brillo que brotó del puño de Serafín, como una lengua de plata que se adelantara a los dedos. La navaja vaciló un momento en el aire, dudosa en su elección, antes de hundirse en la carne tierna de una fruta.

Serafín masticaba despacio, deleitándose en el bocado, beatífico en la trituración de cada grano. Con la boca aún llena, se recostó en la silla y cerró los ojos. Fue entonces cuando de verdad lo vi resplandecer.

Tenía él la cabeza puesta en las alturas y, como en una invitación aceptada, vino el firmamento a derramársele encima. Alguna memoria de estrellas le quedó en la frente. Giraban las constelaciones en el cristal del ojo falso, sin el estorbo de un párpado que las retuviera. Y, libres, corrieron a desbordarse por los senderos de la cara. La cicatriz fue un río de luces abriéndose camino entre las barbas y, más arriba, bajo el serón sucio de carbones, el pelo abrigaba una ilusión de chispas silenciosas que la luna y la farola mecían en su círculo. También la luz huía del pecho por las costuras. En medio de aquella fiesta de fulgores, se le fue aflojando la boca al Basurero y un diente de oro puso su brillo antiguo en la oscuridad. Por una comisura de los labios se escurría un hilo trasparente de pera almibarada.

Media docena de veces regresó la navaja a la cazuela, hasta que no hubo bocado que pinchar. Solo entonces oí con claridad la voz de Serafín el Basurero. Y habló con la majestad de quien deja hecho un encargo que no se debe traicionar.

–El año que viene, que les pongan más canela. Díselo a la cocinera.

Luego arreó al caballo, que se arrancó ausente, fiel a su costumbre distraída. Pero no había dado ni tres pasos cuando lo detuvo. Vi a Serafín forcejear intentando aflojarse el chaquetón. Poco a poco, al modo de un mago inseguro que obrara de espaldas a su público, hizo surgir de entre las ropas una enorme estrella. De su estela nevaba un polvo de oro que fue a asentarse sobre los hombros del Basurero mientras la volteaba por encima de la cabeza. Volviendo grupas hasta ponerse nuevamente junto a mí, la hizo descender hacia mi mano.

–Se cayó del campanario de la iglesia. Si a ti no te vale, mañana va al carro.

Me quedé con la estrella. Y hube de dejar la cazuela sobre la nieve para abarcarla. Por la carretera nevada Serafín y Gaita se perdían en la oscuridad y la noche era de nuevo un eco lejano de cascabeles.

A la luz de la farola, bajo la llama remota de los astros, también yo resplandecía de purpurina, como un mago de Oriente en el abrazo de una estrella recién caída.

Canción de cuna

Quisiera yo… ¿cómo lo diré? Quisiera tener esa voz que aún se columpia en mis oídos. Y convocar su marea sorda de acentos que parecen olas que van y vienen. Pero, aunque me falte la sordina cantora que vibra en el aire cuando ha hablado un marinero, por más que lleve años metido en tierra, no habré de contentarme sin dejar, siquiera vagamente, noticia de su alma. Y ojalá hacerlo sea también dejar cuenta de la mía, que en la ocasión que ahora diré sentí que se ensanchaba y coincidía con la del navegante en cierta querencia para atender a la novedad y aceptar el milagro cuando aparece. Ocurrió así:

Paseaba yo la mañana de Reyes muy temprano, incapaz de estarme en casa en día que parece hecho para estrenar el mundo, cuando fui a dar, quién sabe si nostálgico de lejanías, con el puerto, aún dormido en el amanecer. Distinguí allí a un hombre sentado en el muelle, junto a los amarres. Camino del testero pasé a su lado y algo en su expresión, una beatitud secreta que le mantenía con la mirada perdida, hizo que me detuviera un momento y volviese los ojos hacia donde él miraba.

–¿No lo oye? –me sorprendió su voz.

Yo, ni oía ni veía nada, por más que miraba en dirección al mar abierto siguiendo el camino que indicaban sus ojos. Reparé entonces en que el hombre tenía la vista nublada, quiero decir velada por esa opacidad extraña y embaída que distingue –y que perturba– la expresión de los ciegos. Me sentí repentinamente incómodo y estaba a punto de seguir mi camino cuando el hombre, sin abandonar la distancia en la que parecía estar absorto, volvió a hablar.

«Quien no ha sido viajero poco sabe de melancolías. Pero quien ha visto el mundo y luego ha perdido la luz de la mirada, ese está destinado a vivir sin otro consuelo que los despojos que el tiempo va asentando en la memoria. Porque no tiene otro espejo en el que distraer las horas que el de los recuerdos que fueron posándose en los

ojos, cuando podía ver».

El hombre se quedó callado y yo, consciente de que acaso se pedía un gesto que trajera más palabras, fui a sentarme sobre un noray, no lejos de él.

«De todo ese escaparate de océanos y tierra firme que un día abarcara con la vista desde el puente de una nave –prosiguió entonces–, sigue encendido como un faro que alumbra mi oscuridad, por delante de las olas y los puertos, de las selvas y las playas y los soles y las velas desplegadas al viento, un árbol, un arbolito donde hacen junta los higos con los pájaros, y a cuyo amparo se acoge, sentada sobre un banco de madera, una mujer que sostiene a un niño en el regazo. Mientras callan todas las criaturas, ella canta una canción de cuna que parece que hiciera madurar los frutos por encima, o al menos ponerles un tibio rubor. Y el niño, prendido de aquellos labios que inundan el aire, va perdiéndose en un sueño lleno de sosiego que los brazos mecen».

Volvió el ciego a guardar silencio y por un momento pareció que había interrumpido el discurso por dejar que el arrullo de la mujer triunfara sobre el mar que teníamos delante.

«Yo recuerdo bien a aquella señora y a la higuera –regresó la voz, que sonaba ahora como traída de muy lejos–. Alguna noche serena, con la nave sostenida por las olas, he presentido el temblor de los pájaros que escuchaban la canción, ocultos entre las ramas. Y una vez, puedo jurárselo, a punto de amanecer en la bocana de Esmirna, se llenó el día de un olor a pan reciente que era el mismo que llegaba al árbol desde una masera vecina. Tan grande y tan pequeño es el mundo. Pero lo que nunca supe recordar, ni siquiera en las horas más atentas de ceguera, fue aquella música como un milagro de sílabas que dejaba mares y tierra en armonía, antes del sueño.

»No sé si los vaivenes del mar con sus caprichos de olas y sus horizontes vagos tendrán la culpa de estas zozobras mías. Yo creo que las padecí siempre. No hay más que verme ahora: viejo marinero en tierra, ciego desde hace años y sin mejor ocupación que andar por el puerto a tientas, como quien no quiere despedirse definitivamente del mar. En cambio, cuando mareaba, era a tierra adonde corrían todos los pensamientos. ¡Cómo se acordaba uno entonces del huerto y la masera, del gato bostezando en la ventana y del fuego del hogar! Mar adentro, era otro fuego el que mandaba entre los hombres: la voz del capitán, enredada en el viento de bolina y pidiendo sostener la fiebre del horno en una rabia que venciera al oleaje.

»Pero hay afanes que pesan más. Siempre al acecho, estaba esa inquietud que lo gobernaba todo, en cuanto se ponía fin a los trabajos. La misma que me sacó anoche de casa sin necesidad, solo por sufrir las nieblas de enero en el rostro, y acaso por escuchar, envuelta en

caricias de salitre, la sirena de un barco que pasa nocturno y solitario. A pesar de los años, aún tiemblo cada vez que piso el muelle esperando no se sabe qué. También de mozo se acercaba uno a puerto lleno de premoniciones. Y haciendo la maniobra no se dejaba de mirar al monte, como si los ojos fueran adelantándose al camino. Unas veces lo emborronaba una distancia de brumas, otras era un empeño de nubes el que le echaba un velo blanco por encima. Pero allí estaba la senda –no hacía falta verla– de las idas y venidas desde que el mundo fue hecho para que los hombres volvieran a pisar suelo después de navegar. Antes de poner pie a tierra, ya se adelantaban los pasos a coronar una cuesta y a hacerse firmes a la vista de un humo derecho sobre un tejado de pizarra. Y con el respeto que el tiempo y la falta de noticias ponen en los corazones, se detenía uno en un recodo, antes de llegar, codicioso en las plegarias: que el rayo hubiera respetado al árbol, que no faltara el pan de antaño en la masera, o que, como a aquel navegante antiguo del que contaban en las tabernas, desde el mar griego hasta el de Arabia, un perro saludador, infalible guardián de ausencias, saliera a recibirlo cuando aún venía lejos».

El ciego sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió una lágrima. Luego lo dobló con mucho miramiento antes de guardarlo en el bolsillo.

«No fueron pocos los años que vieron los ruegos cumplidos. Ahora pienso que ese pago es regalo de juventud, o simple ley de vida. De los regresos a mesa puesta y a cama limpia, al abrazo que no quiere deshacerse bajo el arco de un umbral y a los asombros junto al fuego que dejan suspensos los ánimos con el cuento de tanto viaje y tanto mundo, pasa uno sin enterarse a la tristeza de las flores que quieren poner decoro, tras años de lejanía, sobre una tumba. Y a la soledad de la casa, que ya no es un humo blanco en la distancia, ni un ladrido alegre que vuela sobre campos y cunetas al encuentro de los pasos. Entonces se acuerda uno más que nunca de la canción bajo la higuera y pide que vuelvan las notas a poner algo de orden en la oscuridad, como la fuente quiere las lágrimas del sediento por juntarlas con su agua en una misma música. Pero ya no hay cantora que las traiga, y la higuera, como mis ojos, se secó. Mandan los atropellos del tiempo, que acaban por hacernos a todos soñadores de lo perdido».

La mañana iba creciendo en una luz muy pálida. El mar se hacía músico con las primeras brisas y las gaviotas dejaban en el aire un temblor de alas que ponía levedad en los corazones. Tanta, que se veía uno pendiente de lo pequeño, o de lo extraviado, con la misma fe por rescatarlo con que en otra edad se entregaban los desvelos de una noche mágica a descubrir pasos secretos o la ilusión de un cuchicheo al fondo de la casa. Pero a lo mejor era todo obra del ciego y sus palabras.

«En tales pensamientos estaba yo anoche, sentado al borde de este mismo malecón –me sacó el marinero de mi ensueño–, cuando sentí cantar. Las almas melancólicas se reconocen con oírse y bien comprendí yo que quien cantaba lo hacía por distraer alguna pena. Me llegué a un paso del cantor y, aunque no puedo ver, supe que volvía el rostro para mirarme. Sentí aquella copla como si me estuviera destinada. Y por más que la canción era en lengua extraña, me parecía a mí entender un lamento propio y fatigas hermanas que avivaban mi impaciencia por preguntar. Terminó aquel canto y en el silencio que vino luego, casi parecían sagradas las palabras que nos dijimos. No me equivocaba: si yo había visto mundo, aquel había visto más. Cantaba por las tres Marías, me dijo, y sabía entonar también por Sirius y Aldebarán, que cada estrella pide su acento y hasta su hora para ser rogada. Pero de todas las coplas por luceros –me aseguró– la más hermosa es la que canta al viento que silba en la Polar, que es luz de marineros y de errantes.

»Siguió aquella voz hablando largo rato de estrellas, cuya contemplación nunca alcanza para colmar las curiosidades que guarda el cielo. Y de esa bóveda sin término bajó nuestro coloquio a la tierra y sus lágrimas ocultas. Aprendí que estos llantos secretos brotaron antes en la altura, donde se están sujetos más de mil años, antes de caer dejando músicas de cuerda. Algunas lágrimas descienden antes por un júbilo escondido, que fue el caso de una estrella que después de estarse nueve días con sus noches sobre el horizonte, se rompió una madrugada de hielo en espléndida luminaria y echó por tierra una siembra de luces como los hombres no sabrán contar».

Escuchaba yo el discurso del ciego embobado, con el mismo estupor que hubo de sentir él oyendo la voz del desconocido, apenas hacía un rato. Y me vi niño, oyendo un cuento de mi padre. Iba a preguntarle más de esas lágrimas del cielo cuando el hombre se ladeó un poco y, abriéndose el abrigo, se puso a buscar con tiento entre la ropa. Me pareció oír un tintineo: un puñado de rubíes, me adelanté a imaginar, tan entregado estaba ya a aquellas figuraciones de cristales melodiosos. El ciego, puesto en pie, se me acercó. Venía tentando el aire con una mano; la otra la cerraba contra el pecho. Ya a mi lado, extendió el brazo y con maneras que no renunciaban a la cortesía ni a la discreción, fue abriendo el puño muy despacio, hasta exponer al primer sol de la mañana una campanita dorada.

«También hablamos de sonerías –añadió–. Es el consuelo de los que no podemos ver, resignados a llevar el mundo en los oídos». Y bajando la voz, como quien busca la confidencia, dijo: «Resultó que, si de estrellas sabía aquel hombre, su ciencia en campanas no era menos grave. Había llegado a oír todas las que tañen a Oriente y a Occidente, desde el bronce mayor de San Pedro en Roma, que suena bajo el mar

cuando voltea por Navidad, hasta las tintinábulas que los señores de Saba cuelgan de las babuchas para irse a acostar, en lo más hondo de sus palacios».

El ciego sonreía al decir esto, dueño de un secreto que nunca hubiera imaginado. Después se puso serio para seguir:

«Quizá aquel hombre, con discurso tan novedoso, notó alguna vacilación en mí que pedía un signo que la enmendara. Pero en eso andaba errado, que no era duda sino certeza cada vez más firme la que yo tenía de no estar hablando con cualquiera. El caso es que se vino a mí muy cortésmente y me abrazó para que pudiera sentir el perfume de su barba, que era una mezcla de incienso y rosa, muy delicado. Y luego me guio la mano para que palpase un esmalte que traía cruzado sobre el pecho con las armas de su linaje. Reconocieron los dedos una estrella; los colores los puso él en la voz: oro en campo de azul. Lo último que palpé fue la corona. ¿A qué esperaba yo? Ya iba a arrodillarme ante tanta majestad cuando me sostuvo con una firmeza tan cordial que más parecía un ruego de quedarme a su altura. Se me figuró sonriente entre el bosque espeso de la barba. Fue entonces cuando oí una campanilla. Y detrás su voz: «esta, que solo tañe glorias, es fragmento forjado de la estrella que decía, la estrella que brilló una noche sobre el mundo antes de romperse en oro por encima de un inocente que dormía». Sentí que me tomaba de las manos y haciendo sonar de nuevo la campanilla, la dejó aún vibrante sobre mis palmas abiertas. «Escucha», pidió. Y escuché. Escuché hasta que las lágrimas me vinieron como una lluvia clara a los ojos. Por un momento me pareció que mi oscuridad se llenaba de fulgores. Pero todo era virtud de la campana y su sonido.

»En el eco de aquel oro oí los pasos del rey amigo perdiéndose mar adentro, ligero sobre las aguas. Y al punto de pedirle que esperase, que no sabría renunciar ya a tan buena compañía, quedó ahogada mi voz por otro acento que vibraba como un fuego en el cuenco de mis manos. De allí, templando el aire, subió aquella música hasta mis oídos para dejar la voz perdida de mi madre cantándome bajo la higuera».

Volvió el ciego el rostro hacia mí a la vez que agitaba la campanilla muy alta sobre la cabeza. Me incliné, como quien se dispone a recibir humildemente el polvo de una estrella.

–¿La oye ahora?

Replicó la mañana como un cristal. Y pareció el aire un agua temblorosa que se fuera aclarando mientras moría la campana para traer sonidos de la infancia. Inmóviles en la vibración, los dos atendíamos al murmullo de nuestras profundidades. Y los dos oíamos: él, una canción de cuna, y yo…

Qué importa lo que yo oyera. Comprenderán que me alejase sin

ruido, como han de retirarse los Reyes Magos, llenos de respeto y de puntillas por no distraer el sueño de los benditos que duermen en brazos de su madre.

Ausencias

Varados bajo las estrellas, que parecían sujetas a la misma quietud que nosotros en sus remotas mareas celestiales, no nos quedaba otro recreo que emplear la noche en confundir el cielo con el mar. Y no crean que andan tan lejos uno del otro cuando la misma calma los gobierna. No hay en el mundo espejo más grandioso que el de los océanos dormidos. En su cuenco cabe entera la bóveda de las constelaciones y nunca como en ese sueño pacífico de las aguas podrán tocarse tan fácilmente las estrellas con los dedos, rozando el mar. Entonces se desfigura por un momento el cielo, y quién sabe si en la altura tiembla también el aire sobre los Gemelos o se agita un pájaro en la Polar. Lo cierto es que, incapaces de hacer jornada por falta de viento, estábamos inmóviles sobre un cristal de estrellas, cada uno perdido en sus pensamientos y acaso todos alumbrando navegaciones y regresos, que es la figuración más requerida entre navegantes suspensos por falta de mar. Hambrientas, pues, las velas de remolino que las hinchara alegres, y melancólica la quilla de próximas espumas que cortar, lo único que había de conmover el marasmo de la noche eran nuestras vacilaciones. Pero tan calladas las llevaba cada uno, por más que pudieran estar todas prendidas de la misma lejanía, que ni su secreta hermandad bastaba para que resucitase el viento sobre la lona y partiéramos en volandas a enhebrar olas.

Hasta que vinieron los corazones a mudarse, que también iban dormidos, por obra de una voz, la de Rinaldo Genovés, que se alzó muy blandamente en un cantar. Aquella música, enredándose hacia lo alto por el palo de mesana, saltando al mayor y regresando por el trinquete como un reguero dulce a los oídos, nos hizo levantar la vista para ponerla en la boca vibrante del cantor. Y Rinaldo Genovés, que entonaba con los ojos cerrados, los abrió entonces para suspender la melodía y preguntar: «¿nadie sabe qué noche es hoy?».

No hacía falta que dijera más. Cuando Rinaldo, que nunca pronunciaba una palabra sin necesidad, daba pie a algún coloquio, ya estábamos todos dispuestos a escuchar con atención. No había otro en

el barco que tuviera mejor arte que él para contar. ¿Y quién se resiste a una buena historia en medio del mar, una noche sin viento y con las estrellas quietas, como si también ellas estuviesen pendientes de la fábula? Rinaldo era fantasioso pero reservado, y muy medido en el habla. Cuanto más envolvía el cuento en prodigios y parábolas, menos porfiaba en jurar que era verdad lo que decía. Para él lo era y algo en el temblor de la voz y en los viajes de las manos, que unas veces parecían echarse al vuelo para ir con las palabras y otras recogerse hasta hacerlas regresar, ponía como en pintura todo lo que contaba, y tan presente como resulta sobre un suelo de tabla el parlamento antiguo que resucita un buen actor. Quizá por ello lo escuchábamos con ese respeto que solo se reserva a los que, o levantan el discurso por venturas, o prefieren callar. La propia historia de Rinaldo no era mala, y acaso de su experiencia le viniera la vocación de poner la vida en lenguas, que sabía más de una docena, pero haciéndolo siempre en voz muy baja, como pidiendo mucha aplicación y cercanía para atender al cuento.

De Rinaldo sabíamos poco, lo poco que contó el día que se lo robamos al mar izándolo a bordo: había salido de Génova –dijo– por amores contrariados, que le faltó atrevimiento para declararse y hacerlos firmes, y había rodado por medio mundo con esa ausencia en la memoria sin dejar un solo crepúsculo de decir en alta voz el nombre de la dona bien querida. «Como quien da las buenas noches» –terció el señor Basilio, que había bajado de la botavara por escuchar al náufrago–. Y aquella letanía de cada atardecer trajo su efecto cuando bien podía pensarse que ya la decía por decir, que habían corrido siete años desde la vez primera que los labios la invocaran, todavía con Génova en el horizonte y con la hermosa cerrando una ventana ya para acostarse. «Hasta hoy –nos explicaba Rinaldo recién subido a bordo, envuelto en una manta y con el pelo todavía goteando sal–, que sentado en la punta de Cavite mezclando el pensamiento con las olas, vi pasar un barco que llevaba escrito en la proa "Armida" con letras blancas como la espuma. Y el valor que me faltara en Génova al pie de una ventana, vino de golpe a reventarme en el pecho siete años después, como rompía el mar con furia entre las rocas. Y así me eché a bracear hacia la nave llamándola por su nombre».

De modo que sin otras noticias de las idas y venidas de Rinaldo por el mundo, todos entendimos que nuestro barco y aquella doncella genovesa que él no se cansaba de nombrar, respondían por igual y que Rinaldo se abrazó al cabo que le echamos por la borda como si al fin lo recibieran los brazos de Armida tendidos desde su balcón.

«¿Pero es que nadie sabe qué noche nos guarda?», insistió el Genovés, porque allí seguíamos todos mudos bajo las estrellas. Echó la vista a la redonda y fue paseándola en orden por el señor Basilio, con

su pipa siempre atravesada; por Roque el timonel, hombre de muchos empeños, y por los hermanos Caristeas, que tocaban el clarino a dúo llegando la pascua griega; por Juan Lim, buen filipino y mal cocinero, apoyado junto a mí en las duelas de un barril de salazones que teníamos al fresco, y por Xan Gaitarro, vigía en la serviola y echador de cartas si no había quehacer, hasta dejarla quieta sobre el grumete, un rapaz soñador que siempre andaba con un gato pinto en el regazo. «Hoy es Noche de Reyes», declaró al fin. Y luego dijo, bajando algo la voz: «por eso está el mar tan dormido».

Nadie se atrevió a interrumpir la confidencia recién iniciada para que Rinaldo Genovés no dejara ya de hablar. Y viéndose él tan atendido, que hasta la pipa del señor Basilio contenía el humo, en seguida echó las manos al aire, como dos abanicos que aletearan arropando el vuelo de la voz. «Esto que voy a decir», empezó Rinaldo alzando un dedo advertidor, «pocos lo saben». Y siguió con esa manera antigua de contar que parece nacida para hacer al que escucha digno de oír hasta lo que se calla. O así lo recuerdo yo:

«La noche que los tres señores de Oriente hicieron junta sobre unas arenas tan doradas que parecían polvo derramado de la estrella de Belén, soplaba terrero, que en las soledades de Arabia llaman shamal. Apenas podía darse un paso sin ahogo, tanta era la tormenta. Acabó el cielo borrando su figura y los tres llegados perdiendo la estrella que ponían por gobierno de sus pasos. A costa de dar la espalda al viento acabaron junto al mar, en ribera vacante de ventisca y con un horizonte donde extraviar los ojos sin estorbo. Por encima de las tres cabezas coronadas, que estos señores tienen por decoro antiguo no descubrirse jamás, la gaviotería cursaba sus embajadas alegres bajando a conferenciar con las espumas.

»Hallaron puerto seguro a poco de andar y entre aires de brea y redes recién puestas a secarse, fletaron los tres príncipes una nave, que se la prometió volandera un comerciante sirio de alfombras en una taberna de mucho trajín. Pagó el señor Gaspar, que llevaba comunes los caudales en una bolsita de rafia muy lucida, rematada en una horquilla de esmalte, con las armas de los tres linajes.

»Partieron los Reyes muy discretos ya de oscurecida, por mejor guiarse a la luz de las estrellas. Y pronto triunfó la suya sobre todas, que por ella navegaron acostándose en la bonanza del levante que soplaba. Nueve jornadas felices hicieron tan cabales señores, departiendo muy versadamente de cometas, turbantes y destinos. Mas el suyo, escrito tal vez sobre un lucero en el que no quisieron reparar, había de ser el de servir de juguete a las olas en la décima jornada de marinería.

»Vino el huracán y trajo a su estela nuevo derrumbe de los cielos, que hicieron aguas. Bien se probó la nave en mar lleno de furias pero

más parecía dada al pique que al vuelo prometido. Entre espantables ondas que barrieron con su lengua la cubierta hasta seis veces, deliberaban sin perder la calma aquellos tres pacientes sabedores. Y digna era de elogio la parsimonia que los inspiraba para no resolver con precipitación, arruinando la piadosa embajada que llevaban. Y así acordaron que lo más sensato era prolongar la derrota de Belén bajo las aguas, que a ninguno de los tres les era ajena la ciencia del cabotaje submarino, de la que tenían cumplida noticia por haber leído en Aristóteles y en el Milesio con mucho aprovechamiento.

»Bajo el agua –advertía Rinaldo después de una pausa–, el tiempo es otro. Y luego mecía las manos y tecleaba con los dedos, al modo de unas algas a merced de la corriente. Se vive y se razona como en un sueño, prolongaba la persuasión con aires de fascinar extraviando la mirada. Dormida, pues, dejaron la nave sobre fondo de arenas blancas y echaron a andar con mucha gravedad por suelo sumergido, como corresponde a reyes náufragos.

»Iba don Melchor delante aunque con paso algo caviloso por la duda que le cercaba el pensamiento. Y no era otra que si la de ignorar o la de acogerse a lo que ofrecía la ocasión, que era pagar visita a un amor antiguo con el que tuviera correspondencia muy floreada de galantes cortesías. Y en pensar si debía o no debía, quiso la providencia resolver los titubeos poniéndole al borde del camino a dona Micaela, destino de aquellas tan antiguas cartas, la cual se estaba encima de una roca mirándose en un espejo, sentada sobre su cola y muy distraída dejando correr el peine melena abajo, como suelen las de su nación. Por el borde del espejo se colaron, como de puntillas, los tres señores en la pupila de la que se miraba. Y a los tres conoció por el perfil, que no pocos deleites había ella pasado mirándolos y remirándolos en tres monedas que el servicial Melchor le enviara por festejar con cuña de oro un centenario de amistades.

»Mucho celebró la undosa Micaela la discreción del trío cruzando los salones de su casa, y sin dejar de estirarse la melena los llamó por sus nombres, celebró la visita y les hizo sentarse un momento mientras acababa. Solo entonces, dejando caer el espejo que inició un desmayo lento sostenido por las aguas, se giró espléndida y nadó a besar las barbas de los tres visitadores, que cerraban los ojos muy complacidos mientras duraba el agasajo. Al buen Melchor le costó abrirlos algo más, tan lejos le llevó el transporte de aquel beso que solo conocía de leerlo y releerlo en adioses manuscritos. Y en tanto volvió a abrirlos –nos descubrió Rinaldo con voz muy tenue–, tocó el espejo fondo y se abismó en su círculo la hondura de los mares convocando a perderse mansamente en su reposo. Y más cuanto seguía el vendaval revolviéndolo todo por encima.

»Melchor, Gaspar y Baltasar compartieron el mantel que la

graciosa Micaela les dispuso. Allí merendaron los tres sentados frente a ella, que era amenísima anfitriona y convidaba con muchas galas en copas de espuma de mar. A los postres preguntó la dueña por las primicias de tierra, y don Melchor, que era propenso a los anales cuando estaba complacido, le dio rendida cuenta de los últimos sucesos desde los días en que don Ulises partiera de Troya a conocer el bordado que la casta Penélope le tejía, hasta la última novedad, que era un cometa pintado en el cielo que les sacara de sus alcázares con mucha prisa por seguirle el paso, que a esa hora y por la dirección que llevaba, debía estar aquella estrella poniendo ya su lumbre encima de algún rebaño de Israel. Y terminó don Melchor bajando la voz para decir, con algo de secreto, que por la nunca vista luz del cometa, y por anticipos que dejara el señor Virgilio dentro de una Bucólica como en juego de enigma, entendían ellos que al resplandor de aquella estrella caminante había de nacer una nueva edad de oro.

»Quedó la donosa Micaela cautiva con el anuncio y tan llena de curiosidad por conocer de vista lo que guardaba aquel pronóstico, que pidió licencia a los tres visitadores para ir con ellos. No pusieron otro reparo tan prudentes señores que el de ignorar cómo salvaría ella ásperas selvas, crudos montes y ardientes arenales, hecha por naturaleza a los pasajes ligeros del agua. Pero no vio la sirena inconveniente en aquel paso, que dejaría de haber ríos cerca y bocas por las que remontarlos hasta donde la estrella quisiera poner fin al camino. Y con tan buena resolución se puso a recoger la mesa y sacudió el mantel, y enseguida apartó sillas y pidió que le echaran una mano para mover un escaño y hacer sitio para un baile. Muy risueña, sacó del brazo al buen Melchor, que iba más nervioso que sereno por aquella confianza, pero con la cabeza alta haciendo el paseíllo. Bailaron graciosamente un rondó, mirándose de hito en hito, y quién sabe si recordando alguna promesa aplazada en cartas. Baltasar tañía la vihuela y Gaspar, que era menos dado a las ceremonias del baile, dormitaba llevado de las dulzuras de la música. Pidió luego la hermosa cambio de instrumento al tiempo que se calzaba por las puntas de la cola unos zuecos muy sonoros. Con un pasador de nácar se recogió el pelo y se puso muy derecha esperando la entrada del músico. Interpretó Baltasar lo que pedían el atuendo y la postura, que era gran sabedor de folclores, y tocó una flauta de pico para que Micaela se luciera en una giga que le había enseñado un guardiamarina de Portsmouth.

»Miraba don Melchor bailar a la sirena y le renacían los amores. Pero le faltaba confianza para declararlos de viva voz. Y vino a desdibujar el intento, que acaso no fuese todo lo firme que debiera, un dolor en los ijares que él achacó menos a la edad que al rigor con el que había caminado a dar los primeros pasos del rondó. Vacilante,

pues, de amoríos renovados con doña Micaela –que no todo está escrito en las estrellas– mas con el ánimo de aplazar la solución para la vuelta, dio orden de partir, que las horas pasan ligeras bajo el agua y temía el rey errante que se consumiera la luminaria celeste que enderezaba su camino.

»Partían ya cuando corrió, o por bien decir, nadó la animosa Micaela en busca de un mantón que echarse por los hombros, no fuera a estar de hielo la noche cuando saliera a tierra. Y contaba entonces Rinaldo que, de camino, la dona sirena se paró un momento a mirarse en el espejo, que tenía un mechón rebelde que le alteraba la frente y pedía a toda hora compostura.

Y así pusieron rumbo, con la discreta Micaela compuesta y abrigada en medio, a la aldea de Belén, mas no guiándose por la estrella, que seguía emborrascada por encima de las olas, sino atentos a una senda de faroles sumergidos que guiñaban de púrpura y de verde invitando a cumplir lucidamente el recorrido. Y la explicación de tal luminaria fue que Micaela se la pidiera al gran Poseidón, su señor tío, a la puerta de su caverna. Consintió el dios y encendió de buena gana los faroles por dar lustre a senda que cruzaba por su reino hacia Poniente, después de que ella lo abrazara muy mimosa.

»Media luna formaba el cortejo por la hondonada del mar, cada uno tirando de un cabo que pasaba sobre el hombro para arrastrar la nave. A proa y a popa, la industria de dona Micaela había dispuesto dos cometas con la enseña de Neptuno que hacían más airosa la carga. Y caminaban los cuatro sin esfuerzo, regalada la vista por las grandezas cubiertas del océano y cantando romanzas de cautivos, que no hacen sino acrecer la libertad de quienes viven para correr mundo.

»Llegaron de esa suerte a las angosturas de Áqaba, un golfo de los que llaman de flauta, cuyo meñique toca en arenales de Jordania, y allí se asomaron a una orilla a contemplar la noche, que volvía a ser serena y muy propicia para seguir viaje por camino de herradura. Sacaron la nave a flote y por una boca de costado salieron a la playa tres caballos con un trote algo aturdido. Entre relinchos, sacudieron las crines de espuma y el remolino de nieve salpicó las coronas de los tres navegantes, que deliberaban sobre el rumbo. Renunció a la vía de los santos Reyes la sirena, sujeta a peregrinar por calzada de agua, y aún los desafió a que llegaría primero a aquel pesebre que ponían ellos por extremo de su viaje. Pues no fueron pocas las veces que en ameno parlamento submarino le confiara Melchor a la dona Micaela que, al final, había de esperarlos un niño más luciente sobre pajas que el cometa en las alturas. Y así, con la bonanza del milagro por destino y el ánimo de reunirse frente a él, vieron partir a la sirena.

»Se alejó ondulante por esteros rumorosos cuya música, reconoció don Baltasar acercando el oído al agua, traía la misma salmodia que el

Jordán, porque en él paran todas las fuentes en aquella parte. Y así había de cantar la noria que regaba un naranjal, en los umbrales de Belén, sentada en uno de cuyos cangilones hubo de hacer dona Micaela los últimos pasos de su viaje, según se verá. Esto lo prometía Rinaldo Genovés alzando al mismo tiempo la palma de la mano, como quien quiere sosegar impaciencias del que escucha.

»No erró el trío de estrelleros en su pronóstico, que aquella misma noche, sin aflojar el paso, cruzaron campos sembrados de mostaza y dejaron atrás chispas de hogueras en un salto de caballo, hasta detenerse ante una ruina muy cercada de pastores. Parecían rehacerse las piedras con la figura de un santo varón que se apoyaba en un varal florido de azahar, como prometiendo venturas de nueva primavera, y con el reposo dulce de una virgen joven, envuelta en paño azul. Y milagro era que la doncella, cerrados los ojos, soñaba lo mismo que el niño durmiente en su regazo.

»Tras esta confidencia, suspendía Rinaldo el parlamento y se ponía caviloso para decir que no era fácil saber si todo acontecía tal como los Magos leyeron en la estrella o como lo pintó don Hugo de Goes, que se le mezclaban a él las palabras propias con los colores que aquel señor flamenco quiso dejar en un retablo de Monforte, delante del cual había estado él un rato de rodillas, cuando la primera salida de Génova camino de Poniente, y del que había oído decir unos años más tarde, de paso por Hamburgo, que lo comprara el césar de Prusia a unos frailes escolapios. Y si bien faltan en la tabla los alientos del buey y las cavilaciones de la mula, de los que es fama por muchas lenguas y escrituras que allí se estuvieron sin moverse varios días –se obligaba Rinaldo a declarar–, don Goes había pintado una ardilla corriendo por encima de una viga, acaso por figurarse que los sueños del niño y de la madre eran ligeros.

»Ofrecieron los tres Reyes su agasajo de oro, incienso y mirra con esa severa reverencia que usan los señores orientales. La madre había despertado al niño con un beso por que se viera regalado, que entre humildes tampoco es vana la buena crianza de mostrarse agradecidos. Y en admirar aquellos ojos recién abiertos, que eran como amanecer el mundo, estaban los errantes, cuando asomó por un lienzo roto de la ruina la dona Micaela. Traíanla a pulso por el aire, metida en una vasija de barro, dos zagales. Y llevaban los dos el rostro enamorado de aquella ondina que les había salido a pedir tránsito al pie de una fuente, requiriendo con una voz que se confundía con el agua y dejaba ausentes los rebaños.

»A decir verdad –se paraba un momento Rinaldo a instruir– no fue malo el oficio de los zagales, que a falta de cuenco probado para mudar sirenas, que es una tina de cobre con fondo de oleos esmaltados, y viendo que quien pedía transportín era a más de

hermosísima poco melindrosa, acordaron descuajar un cangilón de la noria que oían girar por allí cerca y llenarlo de la fuente hasta tres cuartas. Y así trajeron en remojo y con mucha llaneza a la que creían ninfa los dos zagales, hechos ya a aquella noche de prodigios bajo el cometa.

»No quiso la sirena que la acercaran al niño con tanto aparato, que podía derramarse el agua y mojarle los pies, y pidió los brazos de Melchor para aquella función. Pero viendo tanta compostura allí reunida, y tanto candor en las miradas que el niño dormido ponía en los contempladores, mandó que le echaran una tela por delante, a guisa de cortina, para envolverse la cola al salir del agua sin ofender a nadie. Así se hizo, y no faltaron lanas de pastores dispuestas a velar por el pudor de la sirena, que ya vestida con merina de cintura para abajo y con el pecho fiado al recato que le prestaba su larga cabellera, repartida en dos fuentes sedosas, se echó en los brazos del buen Melchor y sobre su pecho rindió muy dulcemente la cabeza en lo que duraba el paso.

»No hay noche bastante para decir lo que celebró el niño el regalo de la ahijada de Neptuno, preveía Rinaldo Genovés. Y volvía a quedarse pensativo, quién sabe si invitando a imaginar. Xan Gaitarro levantaba los ojos al cielo, como pidiendo inspiración, el grumete acariciaba al gato sin pestañear, y el resto de la marinería no nos movíamos de nuestro sitio, dispuestos a emplear la madrugada por larga que fuera en oír el final de aquella historia tan antigua pero tan llena de novedades que venía a resolverse, a lo que parecía, en el regalo de una sirena al niño de Belén.

»No hubo manzana de oro, ni cofre con incienso, ni copa rebosante de mirra que contentara tanto al que había de cargar con las penas del mundo, como una caracola que le acercó al oído la dona Micaela con mucho tiento. Mas no fue todo pan comido en esta resolución, advertía Rinaldo, que a veces allanaba el discurso. Y nos dejó saber que, de camino bajo el agua, tanto había ponderado don Melchor la ilustre antigüedad de la casa de David, que, sin quererlo, pusiera en dudas a la sirena de su buen juicio al obsequiar y la metiera en temores de que aquel príncipe, llamado a ser rey de reyes, no se conformase con una caracola. Le bastó, sin embargo, verlo tan deleitado con los rumores de la concha que ya le sujetaba su madre por que se durmiera oyendo, para saber que además de reinante, aquel niño cautivo de las gaviotas y las ondas que sonaban en la caracola había de ser también paseante solitario de playas y amigo de pescadores.

»Adoraron piadosamente los tres señores un rato más que la donosa Micaela empleó en discretísimo coloquio con la Virgen. Y tanto congraciaron las dos hermosas doncellas que al despedirse

llevaba puesto la sirena, como cierre del sayón sobre la cola, un broche con unicornio pintado en su óvalo que la divina María le entregara. De vuelta le prometió la sirena un abanico de escamas para refrescarse en los bochornos del desierto, y que lo enviaría entre algas por un navegante portugués que tenía por recadero de fiar.

»No quiso la ingeniosa Micaela volver al camino de las fuentes en el transportín de noria que apañaran los zagales, a los que dio por despedidos con dos besos ligeros, pero que no habrán sabido olvidar, y tornó a sus abismos de sal yendo a grupa con los tres Reyes, montada a mujeriegas por no perder el abrigo de la falda zagalona.

»Llegaron al mar de Arabia con las últimas estrellas y unas neblinas a su espalda que emborronaban el arenal y casi hacían dudar de lo pasado. Con las olas ya rompiendo a sus pies, mucho sentía el viejo Melchor tener que despedirse de tan dulce compañía, que le asaltaban tristezas melancólicas ayudando a bajarse del caballo a la gentil Micaela. En aquella ribera estaba también mustio don Gaspar, que la jornada submarina de la ida le había dejado los pies fríos y barruntaba que fuera así ya de por vida. Y don Baltasar, por no hacer mengua en los dolores contraídos por el viaje, andaba pendiente de un reuma nuevo, y temeroso por demás de que aquel achaque le negara el son de la flauta cuando toca soplar el mi bemol pisando en la trasera.

»Pero el penar más hondo era del buen Melchor y lo llevaba muy secreto, que el pasaje a caballo con la dona Micaela pegada a su cintura le había inundado la memoria de sales alegres que creía ya olvidadas. Por retener aquella caricia del pelo que la sirena le pusiera en la mejilla al cabalgar, o por oír de nuevo la risa cristalina con que ella recibía sus ponderados parlamentos acostándose en su pecho, o por que no se le fuera de las manos el perfume que dona Micaela le dejara al llevar las riendas compartidas, pretendía don Melchor palabras que sujetasen a su flanco a la sirena por más tiempo. Mas no hallaba discurso que trabase tantas venturas y las dejara firmes de una vez, sin riesgo de renovar ausencias por falta de oportuno parlamento. Porque ya las veía él retoñar en los avíos de partida que iniciaba la sobrina de Neptuno para volver por sus dominios.

»Allí la vierais –invitaba Rinaldo Genovés a que entráramos también nosotros por aquella playa–, cómo se desprendía del broche de la Virgen por librar la cola, que ya recibía los primeros golpes de la espuma, y con qué mimo se lo enredaba en el pelo dando a entender que pronto iría a perderse a nado mar adentro. Y estas coqueterías las hacía la dueña Micaela con toda parsimonia y no dejando nunca de mirar a don Melchor por debajo del mechón que con tanta travesura le ponía una sombra alegre en medio de la frente. Pero ni con ese pie a prolongar el trato o a no ponerle edad a los amores vengan cuando

vengan, se atrevía don Melchor a decir una palabra que los hiciera estantes para siempre. Y al cabo, quién sabe si urgido por la vista de los otros dos Reyes a caballo esperando ya para partir –prevenía Rinaldo–, el cortés Melchor dijo solo dos palabras, pero muy sentidas: que escribiría».

Vi yo entonces la sombra de desengaño, si no fue contrariedad, que cruzó por la cara de los que escuchábamos, y no dejé de advertir en el mismo viaje un asomo de emoción en la de Rinaldo por rematar el cuento con justicia de su gusto. Era aquel estrellero –defendió– de los enamorados que confían más en letra despachada por la posta que en voz rendida, pues ausencias son amores entre los nacidos para mirar estrellas.

Se calló Rinaldo y en el silencio de la noche nos quedamos pensando un momento en aquella razón puesta en luceros. Y de esa ausencia pasajera nos distrajo nuevamente su voz para acabar la despedida de la playa, que fue decir don Melchor que escribiría y subirse al caballo para espolearlo, pues ya llevaba prisa por poner distancia y sentarse al escritorio. Entonces, igual que un humo lento, se alzó una voz sobre las olas, la de dona Micaela para cantar un adiós: «¡Ay, noche!, qué mal abrigas los decires sin palabras, las añoranzas no escritas…». Y con esa letra en los oídos, que era como pedir carta urgente de respuesta, concluyó Rinaldo Genovés, fueron perdiéndose en la niebla los tres Reyes jinetes hasta desaparecer.

No exagero si les digo que parecía que los oyéramos irse, sentados como estábamos en la cubierta y tan lejos de aquella playa donde acababa el cuento. Pero todo era mérito de Rinaldo, que fue prolongando el cantar hasta dejarlo como dormido sobre un mar que trajera ecos de pasos. Y a mí se me ocurrió de pronto que lo que cantaba el Genovés como traído de tan lejos, debiese menos a la voz de la sirena que a la de dona Armida mientras cerraba una ventana. Y lo mismo debió de maliciar el señor Basilio, que sacudió la pipa en la pernera al tiempo de preguntar con aire distraído:

–Y a esa doncella de Génova, Armida, ¿no le gusta leer en cartas?

Pero antes de que Rinaldo pudiera responder, tembló el foque y en seguida se puso en guardia la gavia del trinquete y vimos inflarse con un grandísimo suspiro a la mayor.

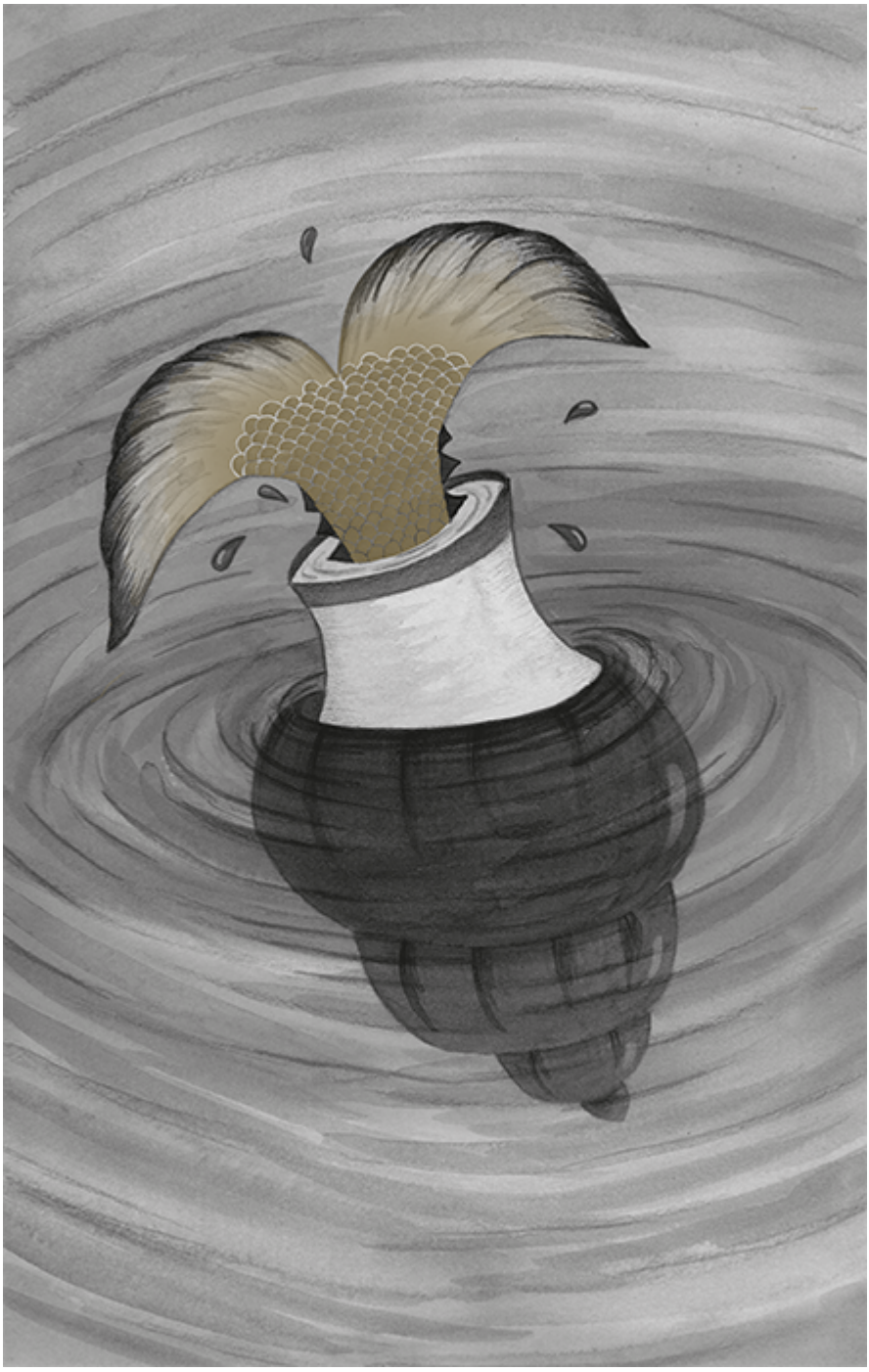
–Ya habrán acabado de adorar los tres señores del Oriente –murmuró Rinaldo paseando la vista por el cielo–. Por eso sopla, que es prebenda de esta sola noche que el viento se sujete hasta la hora en que los Reyes tengan su oficio por cumplido.

Y el grumete, que había aflojado las manos para que el gato volara del regazo a ver rizarse las olas desde la borda, preguntó:

–¿Y qué hora es esa, don Rinaldo?

–Amaneciendo en la Polar.

Comprenderán que de la duda de si a la dueña Armida le gustaba leer en cartas, que yo me figuro largas y por entregas, ya no saliéramos. Porque empezó el levante a barullar en las velas con discurso cada vez más floreciente y aquello, después de tanta calma para que se adorase en Belén, era pedir que el resto de la noche lo pasáramos en atender al viento recién llegado con sus embajadas para llevarnos lejos en sus brazos.



Nudos

«La vida es un cordel de nudos», decía mi abuela Alcordia. Y bien lo podía saber ella que se pasaba las horas acariciando las cuentas del rosario.

Yo ignoraba hasta dónde tenía razón mi abuela con aquella advertencia suya. Hay que hacerse viejos para entenderlo. Es entonces cuando uno se da cuenta de que las ataduras empiezan a florecer temprano sin que haya manera de preverlas. Así me pasó a mí una víspera de Reyes, tan lejana, veo ahora, que recordarla es asumir que las cosas ocurrieron en otro mundo, si no es mejor decir en otra edad. Entonces yo vivía entregado al asombro con la misma constancia que mi abuela a sus rutinas del rosario. Maneras de soñar.

Aquella víspera que digo era un puro cristal helado. El crepúsculo moría azul en las alturas y al mismo tiempo sembraba el horizonte de un incendio rojo, como un inmenso telón por el que debía cernirse el milagro.

En mi pueblo se esperaba la llegada de un gran príncipe de Oriente. Los mayores llevaban días haciéndose lenguas de la visita y asegurando, cuando era la gente menuda quien preguntaba, que el visitante había de ser Baltasar el astrólogo. En casa y en la calle, siempre lleno de inquietud, recibía yo toda suerte de noticias sobre el arbitrio de este rey, pero una pesaba más que el resto: el buen Baltasar era espléndido en regalos, como los otros dos errantes, pero también el más entendido en carbones. El discurso se suspendía en ese instante preciso para encender un cigarrillo y ya no llegaban más palabras. Lo único que brotaba en reparación del silencio apenas fundado era un suspiro de humo echado al aire, una caligrafía volátil de la advertencia que iba disipándose hacia el cielo. ¿Me tocaría el carbón a mí? Y entonces miraba aquel confín de lumbre con que moría el día como si fuera obra de los mismísimos pasos del rey Baltasar que, al acercarse, sujetaba el rescoldo de la tarde soplando una brasa entre las manos.

Era verdad que el rey llegaba, pero lo hizo por otro horizonte

aquella víspera: el que la vía del tren minero hundía en una tiniebla silenciosa de la que surgió resoplando fatigosamente la máquina de vapor hasta detener su aliento a la luz amarilla de una farola. Cuando se aclaró la última bocanada de humo, por encima de la portezuela de la máquina, todos los reunidos vimos que empezaba a afirmarse la figura imponente del rey Baltasar. Él mismo echó el freno y se sacudió las manos, que traía enguantadas de blanco. Luego, mostrando un diente de oro, sonrió para saludar.

«Primero vas a ver al rey y después a tu abuela», me habían dicho en casa. Al rey ya lo estaba viendo, recién llegado a la estación; y a su lado, oficiando de paje obsequioso, veía a Chambombo, un minero gordo y blasfemador que siempre llevaba el paraguas sujeto del cuello del mono de trabajo, colgándole a la espalda. Ahora se lo ofrecía a Su Majestad para que se apoyase al bajar de la locomotora. Tropezó el rey y contuvimos todos el aliento, pero fue digno de ver con qué solvencia se rehízo del mal paso, echando mano al agarrador de la ventanilla para afirmarse en el aire. Desde la altura del primer escalón saltó lleno de gracia hasta el andén y una pluma larguísima que le coronaba el turbante se estremeció en su vuelo para arquearse después con lentitud, cuando el rey tocó tierra con sus pies. Yo lo miraba embobado. Él, entre tanto, se envolvía en su túnica para echarse a andar.

Niños y mayores, guiados por la lámpara minera de Chambombo y algunas linternas que surgieron precavidamente de entre la comitiva, salimos de la estación para seguir al reinante Baltasar. Su terrible criado había vuelto a ponerse el paraguas a la espalda. Aquella servidumbre entre tosca y atrevida a mí me llenaba de confusión. Tan pronto envidiaba la familiaridad de Chambombo con el astrónomo de Oriente como no acababa de entender semejantes efusiones, la complicidad de algún contacto pasajero, aquellas risas entre ambos, de camino al salón parroquial. Allí se había decidido que Su Majestad, sentado en la misma silla que se ofreció al obispo cuando vino a confirmar, recibiera a cuantos se acercaran a saludarle.

A mí me molestaba que aquel príncipe de Arabia no tuviese asiento propio, distinto del eclesiástico, uno hecho, cuando menos, para la ocasión. Yo sabía mucho de protocolos orientales por un libro de cuentos ilustrado y no dejaban de rondarme aquellas exigencias que tanto echaba en falta: los damascos y las sedas, los hilos de oro en los cojines, las alfombras de Hamadán y los bálsamos de mirra con que perfumar la cabeza del estrellero. Lo más cercano a aquellas galas era el olor a incienso que se colaba desde la sacristía. Y pronto dejé de notarlo, sofocado por el calor de los reunidos, perdido en el barullo nervioso de los niños y el braceo de sus madres que pugnaban por acercarse ansiosamente al rey. Me alegré de que mi hermana pequeña,

que tenía fiebre, no hubiera podido venir.

Yo también quería llegarme al pie de tan gran dueño, pero con otra calma. Tocar sus ropas y sentir la tibieza de las manos enjoyadas, bajar la voz para hablar en confidencia, decirle al señor Baltasar lo que yo sabía de su feliz reino de arena, y casi disculparme por aquel recibimiento tan poco adecuado a tan alta condición. Pero me bastaba ver a Chambombo allí delante, dirigiendo a manotazos el avance de la fila, berrando en procura de una atención que nunca era atendida, para sentir una vergüenza infinita de ser parte del peregrinaje que él gobernaba. ¿Y cómo soportar, preveía después, que por un momento aquel palurdo oyera los coloquios que yo pasaba discretamente con el rey? Así que me quedé al fondo del salón, de puntillas contra la pared, viendo repartir besos y caricias al paciente Baltasar. Y yo, que conocía a todos aquellos que acercaban temblorosos su mejilla a las barbas brillantísimas del rey, sentía que era distinto por saber lo que ellos ignoraban: que a los magos de la Arabia no se les saluda con besos sino con humildes inclinaciones de rodilla y un aleteo de la mano en viaje del pecho hasta la frente.

Poco a poco fui sintiéndome triste. Triste y ofendido por las afrentas a la majestad de aquel sabio errante venido de tan lejos. «Huele a betún», oí decir a una niña de regreso de tan principal regazo. Me dieron ganas de llorar y de matar a la niña, de matarla llorando y escapar. La aparté de un empujón y busqué la puerta de la calle.

Allí fuera, lejos por fin del alboroto, acaso exaltado por la soledad y por la helada, se me ocurrió esperar al rey puesto de rodillas, como un fiel servidor que calladamente vela a la intemperie la llegada de su amo. Porque me sentía más suyo que de nadie, llamado a soledades y contemplaciones que me estaban reservadas en la espera. Me alejé unos pasos y volví la cabeza por comprobar si mis huellas latían sobre el hielo publicando mi camino. Luego, confusamente, busqué otros recreos que me consolaran. Y de pronto, vistas así, al amparo silencioso de la noche, las ventanas encendidas del salón parroquial me devolvieron asombros imposibles allí dentro: los del mundo apagado bajo las estrellas, los de las casas recogidas, los de los rumbos inciertos hacia el fondo de la noche, los de los montes tendidos a lo lejos, los del humo afilándose como un susurro blanco por las chimeneas. Cerré los ojos y así esperé, arrodillado como un orante, hundido en un sueño que no sé cuánto duró. Hasta que, lentamente, el corazón fue haciéndose músico para despertar.

Del otro lado de la calle llegaban las notas de un villancico. La melodía amortiguada se afianzó un momento al colarse por el hueco de la puerta. Enmarcada en un umbral luminoso, la estatura magnífica de Baltasar hacía una reverencia. Renuncié a mi ferviente cortesía: me

levanté y retrocedí unos pasos para ocultarme. En medio del ardor de los cantores yo sentía flaquear mi propósito inmediato de presentarme ante aquel rey que abanicaba una mano para despedirse.

Desde mi rincón de sombra le oí dar un suspiro cuando la puerta quedó cerrada a sus espaldas. Miró alrededor y se echó a andar levantando un poco el manto. Solo y grave, sin otro testimonio de su marcha que mi vigilancia escondida, el que apenas fuera espejismo de una multitud encerrada volvía a ser el errante secreto que ordenaba con sus pasos los rumbos de la noche. Yo lo seguía, temeroso de hacer ruido. Y, poco a poco, a medida que nos alejábamos, se fue perdiendo el rumor del mundo, tibio y confuso en un cántico infantil.

Las andanzas del rey y mis andanzas iban secretas por aceras enfrentadas. En algún momento contuve el paso para no alcanzarlo por mi lado. Me pareció que cojeaba. Tan pendiente iba de su avance que tropecé yo. Sentí que el mundo entero se derrumbaba con estruendo mas él siguió sin inmutarse. Yo quería manifestarme de una vez ante aquel gran dueño del Oriente, llevarle la capa por las puntas, pero, viéndolo andar tan caviloso, me mantenía furtivo en mi sendero. Las constelaciones giraban por encima de nosotros y parecía que fuesen a aplastarnos contra el suelo, tan claras eran sus hegemonías en medio de la noche. Y bajo las órbitas remotas, sobre una acera sembrada de farolas, el reinante entraba en penumbras y volvía a pisar charcos de luz con paso entrecortado. Pensé que en una de esas providencias de sombra, entre fanal y fanal, el rey de Orión desaparecería para siempre.

Semejante a una tramoya abandonada, más increíble que el príncipe de Arabia que me iba por delante, surgió al fondo de la noche el edificio ruinoso de la estación. Miré atrás y vi lejísimos la última casa del pueblo, falleciente en una luz también remota. Tuve miedo de seguir. Inmóvil, vi alejarse al rey, lo vi hacerse pequeño, languidecer hasta confundirse con la nada. Me quedé atendiendo a la tiniebla, lleno de avidez. En el remanso oscuro de aquellas afueras del mundo, era posible oír la respiración de los planetas.

No sé cuánto tiempo estuve sin moverme, perdida la temeridad de gritar el nombre del que ahora ya no estaba. Dudaba de mi voz, tanto rato ahogada en sus propósitos. Unos pasos más allá, deslumbrada por la luna, la vía parecía un espejismo que guardaba las ausencias. Creo que la melancolía me inspiraba: con llegarme hasta el raíl y acercar la oreja al hierro helado podría recuperar los pasos del rey recién partido. Y a punto de decidirme, todas mis resoluciones y temores, todo mi desasosiego y mi necesidad, quedaron suspensos ante el sonido de una voz.

–¡Rapaz, ven aquí!

Yo sabía que era el Gran Dueño de Arabia el que llamaba, ¿quién si

no, desde aquella hondura por la que había ido a perderse poco antes? Pero no pude dar un paso. No hay como ceder a la maravilla para temer por su verdad.

–¡Rapaz! –volvió a llamarme la voz, y noté algo de impaciencia en la reclamación.

Eché a andar lo más ligero que pude, previniendo encuentros en la oscuridad con un brazo adelantado. Y no habría dado ni cuatro pasos firmes cuando una luz redonda brilló en la lejanía. Como a los Magos, pensé, también a mí me guiaba una estrella. Aquel ojo pálido iba creciendo a medida que yo me aproximaba y metro a metro se fue desnudando la noche para revelar, a la luz de una linterna suspendida de un gancho, los perfiles laboriosos de la máquina del tren. Sentado en la marquesina de la locomotora, resplandeciente en su trono bañado por la luz, el Señor del Desierto me hacía señas para que me acercase.

–Sácame las botas, rapaz, hazme el favor, que no estoy para doblarme.

Frente a mí, proyectándose desde las holguras de la túnica, se me ofrecía una pierna estirada a la que ponía remate una vieja bota de goma, llena de reguerones negros.

–¡Tira con fuerza! –me animó.

Yo tiré con incredulidad y cuando se me instó a descalzar el otro pie tiré ya con desasosiego: aquellas botas eran idénticas a las que se ponía mi padre para entrar en la mina. ¿Dónde estaban las babuchas rizadas con sus campanillas de plata? Las demás desavenencias con la ilusión fueron manifestándose en un doloroso desorden exaltado por la luz de la linterna que colgaba sobre nuestras cabezas: el mono de labor visto y no visto entre los ropones de fábula, la camiseta sucia que asomó furtivamente tras la apertura de un botón, la barba rampante, encaramada a la nariz para que la mano calmase picores en la papada, los dedos de los pies agitándose como gusanos enloquecidos que buscaran el aire bajo la prisión del calcetín. Y aquel discurso tan poco digno de un gran príncipe oriental:

–Ya sabrás lo que son juanetes cuando crezcas un poco.

Alcé los ojos de aquellos pies deformes para mirar al que profetizaba y descubrí que aún no había visto lo peor: solo era negro hasta media frente. Sin el turbante airoso que lo coronara bajo las estrellas, una calva muy blanca brilló bajo el ojo de la linterna. Se me puso un dolor horrible en el estómago. De pronto eran fiables las habladurías, justa la obscena incredulidad de los amigos que tanto me abrumaba.

–¡Tú no eres Baltasar! –grité desconsolado y furioso, con lágrimas ya traicionando la firmeza de la voz.

El hombre se había estirado para sacar algo de un rincón de la

máquina. Las manos regresaron a la luz trayendo una boina que se caló esmeradamente antes de replicar.

–Buena gana. Yo soy Macario el maquinista.

Las lágrimas se abrían camino, ya imparables, y, avergonzado de llorar, aunque no fuera en presencia de la majestad de un rey de Oriente, volví la cara. Qué sé yo cuántas angustias y decepciones, cuánta desolación y cuánto agravio se me agolparon entonces para resolverse en un gesto de desesperación. Cogí una piedra e hice ademán de arrojársela con rabia. Después la dejé caer, me di la vuelta y eché a andar con los puños apretados.

Aún me veo caminando con un nudo en la garganta que me impedía tragar, el corazón latiendo tristezas y los ojos descuidados por vez primera de los asedios que las estrellas le ponían a la noche por encima. Me sorbí los mocos pero lo que me llenó los oídos no fue el alivio ruidoso de aquella necesidad sino el silbato de la máquina invadiendo con su aullido largo y estridente las tinieblas.

Me volví sobresaltado y, a la luz de la linterna, turbio entre mis lágrimas, vi a Macario haciéndome señas exaltadas para que me detuviera. Llevaba puesto de nuevo el turbante, había cerrado la túnica sobre el mono azulón y la barba volvía a rodearle la boca. Cuando me vio quieto y mirándolo, se escupió las manos y con un pulso lleno de tensión empezó a tirar de una palanca con mucha lentitud. Y entonces la noche se incendió: por la chimenea de la máquina empezaron a salir chispas como una inundación que ponía el aire incandescente. Nunca había visto nada igual. Hubo un momento en que aquel aliento de pavesas rojas y amarillas se hizo tan espeso que parecía un árbol, un tronco ardiente que hendiera la noche y se disgregase en muchas puntas que decaían en un desmayo fogoso, como agujas menguantes de luz que volvían a la tierra para apagarse. Entre las ruedas, la locomotora respiraba con furia vapor hacia los lados. Se emborronaban los charcos de hielo junto a la vía con aquel aliento blanco y en su marea pasajera naufragaban las estrellas reflejadas. Rigiendo aquellas ceremonias Macario oscilaba sobre la marquesina y daba vueltas, riéndose como un loco de su gobierno febril sobre el fuego y el vapor. Cualquiera que lo hubiese visto habría dudado si era un rey o un demonio quien danzaba.

Por segunda vez aquella noche obedecí al reclamo de la voz que me llamaba. Regresé al lado de Macario como volvieron las chispas al vientre oscuro de la máquina, después de que él trajera la palanca a su reposo inicial. Al abrigo de la cabina, aprovechando la brasa del carbón moribundo en la caldera, asamos castañas y bebimos vino por turno, de la misma botella.

–¿Sabes cómo se llama esto? –me preguntaba Macario señalando al lugar donde las castañas iban dorándose–. Caja de fuego –se respondía

él mismo–. Y allí adelante, debajo de la chimenea, va la caja de humos.

Cada vez que yo echaba un trago, Macario se reía con ganas y le brillaba como un sol nocturno el diente de oro bajo el betún negro de la piel. En aquella habitación modesta de la locomotora, sofocado y feliz, yo me sentía huésped de un palacio nocturno reservado solo a los amigos de su dueño. Hablamos mucho de trenes de vapor, de túneles que cruzan montañas, de guardafrenos. Poco a poco, lleno de admiración, yo iba aprendiendo nombres y conociendo deberes del oficio. A cierta hora eché mano a la botella y alzándola antes de beber, anuncié con fervor que me haría maquinista. Macario me quitó la botella de las manos.

–Arrea ya, condenao, no vayan a ponerte falta en casa.

«¡Lo primero para ser maquinista es la puntualidad!», le oí gritar a mi espalda. Bajo las estrellas, a oscuras, corrí sin un tropiezo.

Entré por la cocina con una resolución impropia del retraso. Si mi madre tenía intención inmediata de castigarme debió aplazarla ante la sorpresa de mis atrevimientos: me senté a la mesa con una energía que amenazó con volcar la silla al dejarme caer, me adelanté a probar de la cazuela sin dejar que ella hubiera servido primero, me limpié la boca con el dorso de la mano después de beber. Desde la cabecera mi padre me miraba con gravedad. Yo creo que me notó el vino.

–¿Viste al rey? –preguntó después de un gran silencio.

–No. Estuve todo el rato con abuela –respondí sin vacilar.

–¿Y qué hiciste tanto tiempo allí? –intervino mi madre, recelosa.

–Rezar el rosario.

Se miraron desconcertados. Creo que a mi padre le habría dado la risa de no ser por el disgusto de mi madre, que empezó a quejarse amargamente de tanta falta de respeto a mi edad. Me mandaron a la cama. Lo último que oí cuando se cerró la puerta del pasillo fue que a los niños mentirosos los Reyes solo les traían carbón, que me fuera preparando.

Entré con tiento para no despertar a mi hermana que estaría dormida en la cama de al lado, pero la oí llorar en la oscuridad. Encendí la luz de la mesita.

–¿Qué te pasa? –le pregunté acariciándole el pelo. Aún se notaba la fiebre.

–No quiero que te traigan carbón –sollozó.

Fue entonces cuando empecé a entender aquello que decía mi abuela de los nudos, los nudos de la vida. Porque, viendo llorar a mi hermana por mi culpa, se me puso uno en la garganta que hacía pequeño el que me había atosigado un rato antes a mí, al saber de las falsas trazas del rey.

Pero es ahora, tantos años después de aquella víspera, cuando las

cuentas del rosario que mi abuela traía siempre entre las manos descubren toda su virtud. Y llega tan cierta su estela como recién soñada. Sentado junto a la cama de mi hermana aquella noche de Reyes, yo fui por un instante esa cuenta de cristal que hace de frontera entre dos misterios para anudarlos casi sin sentir: el de la infancia herida en sus certezas y el de la mayoridad más crédula que nunca. Y yo, habitante de las dos orillas aquel instante, quise ser fiel a la fábula para ir y venir sin engaño por ambos reinos.

Metí una mano en el bolsillo y saqué una castaña.

–Toma –le ofrecí a mi hermana–. Si te duermes con ella encerrada en el puño, no hay miedo de que los Reyes me traigan carbón.

Se incorporó con ligereza en la cama y abrió mucho los ojos para contemplar la castaña en la palma de su mano.

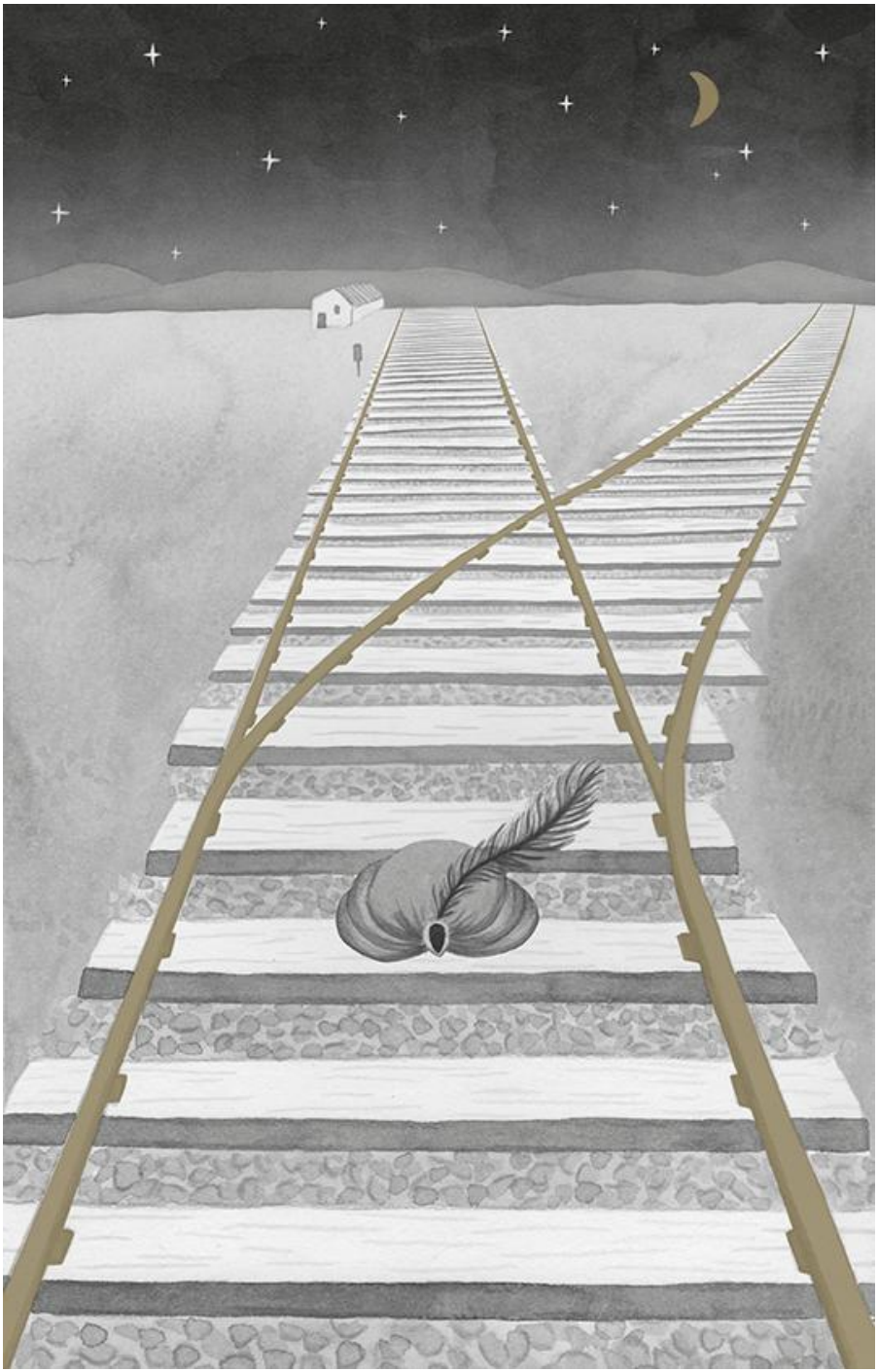
–Está asada –pareció vacilar.

–Es que cruda no hace efecto –se me ocurrió.

Me miró con una intensidad casi dolorosa. Luego, empezó a cerrar el puño con tal delicadeza sobre la castaña que su custodia parecía más propia de una gema. Cuando estuvo de nuevo recostada cerró los ojos. Le di un beso en la mejilla y me quemó en los labios la sal, ya serena, de una lágrima. Cautivo de tanto crédito, no supe contenerme.

–Me la dio el rey Baltasar –le susurré al oído.

Y apagué la luz.



Noche del cometa

Por si no lo saben, el vaivén de una mecedora invita a cerrar los ojos pero aviva la conciencia. Y hoy, meciéndome sobre el mismo balancín que hace muchos años fuera de mi abuela, a mí me alcanzó la memoria de unos días de la infancia. Era Navidad y sobre el mundo que yo veía entonces desde la ventana pasaba un cometa. Van y vienen mis pies encima del columpio de madera y es como si fueran y viniesen por el tiempo sin moverse de su asiento. Y en ese balanceo que parece adormecerlo todo, florece una lumbre suspendida de lo alto que inquieta los corazones.

Así lo recuerdo yo, como un ir y venir de todas las voluntades trastornadas bajo el fulgor amarillo del cometa. Metida en la cama, mal despierta todavía, oía maullar a las gallinas y rebuznar a los gatos, o eso me parecía a mí, buenamente dispuesta a la extrañeza que se predicaba al paso de la estrella. Desde que aquella bola de fuego gravitaba sobre nosotros, todo eran revoluciones y marasmos, inquietudes y sorpresas. ¿Pero cómo era posible que tanto desarreglo dependiera de una remota lucecita? Antes de dormir, miraba yo el curso del astro desde la ventana, cada noche un poco más a la izquierda del cristal en su camino indescifrable, y recordaba, llena de premoniciones, las palabras que mi abuela me había dicho al atardecer. Hacía muchos años, siendo ella una niña, había visto una estrella como la que yo estaba mirando. Y, mientras se sostuvo en el cielo –aseguraba–, no había dejado títere con cabeza. «¡Ay, madrita, madrita!», suspiraba ella santiguándose ante la enormidad del recuerdo.

Yo, alentada por los pasmos de mi abuela, soñaba con trastornos que suspendieran la existencia. En uno de ellos, el reguerito que cruzaba el pueblo, con sus piedras menudas y sus hilos de algas verdes, con sus arenas de oro y sus peces transparentes cambiaba de rumbo para correr monte arriba hasta perderse en las alturas. ¿Y por qué no –me entusiasmaba– iban aquellos caudales contrariados a

seguir cielo adelante, al encuentro del lucero que confundía su camino? Después, reunidos el fuego y el agua en el cuenco redondo de la estrella, antes de que se perdiera por el horizonte para siempre, debían derramarse en una lluvia hecha de ascuas. Yo me imaginaba recogiendo aquellas lágrimas del cielo, como pepitas incandescentes, por un camino y guardándolas en una cajita, en lo más hondo de un armario. Ya ven qué fantasías. Y cuando estuviera sola y aburrida, marearía las lágrimas en el fondo de aquel joyero, que por dentro parecería un palacio oriental lleno de luces, y las revueltas del agua radiante, con sus figuras y su música sorprendida, me consolarían de congojas. Porque yo era entonces una niña, como todas las niñas que han soñado, llena de ratos de purísima tristeza.

Ahora, después de tantos años, es fácil comprender que acaso viera signos donde no los había, tal era mi deseo de quimeras. Algo que no aparecía y algo que se encontraba por azar, el mal sueño de una noche, un reloj que se paraba podían ser manifestaciones del cometa, tan poco bastaba para conformarme. Pero hubo una extrañeza que acabó por ser unánime en la denuncia de los trastornos que precipitaba la estrella: hacía calor; un calor anormal para diciembre. Todos lo reconocían señalando al cielo. A mí, a pesar de la bonanza, me mandaban abrigada a la calle cada vez que salía, aunque no fuese más que a buscar el pan hasta la esquina. Miren ahora de qué se acuerda una vieja: a los pocos pasos por la acera me quitaba la bufanda y la dejaba desbordándose por algún bolsillo. Entonces iba a la pata coja hasta la panadería, saltando entre urgencias y aprensiones por llegar, porque me prometía que si la bufanda, con aquellos brincos, no se descolgaba hasta el suelo, ganaría un premio que yo misma arbitraba, el de comerme el currusco de pan por el camino.

A la vuelta de una de aquellas rondas agitadas a la esquina, con el pan en la boca, me encontré al padrino en casa. Otra rareza. Se dejaba ver solo de vez en cuando porque viajaba mucho. Mi madre, cuando hablaba de él, bajaba la voz y adoptaba un tono severo. No sé qué uniones de recelos, horas, sitios y disgustos teñían aquellas confidencias de las que me llegaban palabras como «tugurio», como «fulana», desalientos como «no tiene remedio». El padrino me hizo las fiestas de siempre, levantándome en vilo y amagando con echarme a volar por una ventana que mandaba abrir a mi padre.

–Que sé yo que vuela, ¡que esta niña vuelaaaaa! –gritaba haciéndome girar.

Yo negaba feliz, entre chillidos y risas nerviosas.

El entusiasmo que ponía el padrino para mecerme en el aire le faltaba a mi padre para abrir la ventana, y todo se quedaba en aquella ceremonia un poco estridente para lo que se usaba en mi casa.

–¿Y qué pide mi ahijada a los Reyes, vamos a ver? –indagaba en

alta voz, en presencia de todos y devolviéndome al suelo aquel hombre altísimo. Yo lo veía como un gigante plantado sobre unos zapatones tremendos que parecían llegar antes que él a todas partes. Luego, todo lo llenaba su perfume y la presencia solemne del traje oscuro con el pico del pañuelo blanco asomando junto a la solapa.

Yo esperaba la pregunta, la deseaba, porque ya sabía que las confidencias que le hacía al padrino acababan, tarde o temprano, resolviéndose a mi favor. La certeza de que él podía cambiarlo todo o influir en el curso de las cosas, la tenía muy probada. Y el hábito de aquella inquisición anual que implicaba a los tres magos de Oriente, me afirmaba en la confianza de que el hombre que me levantaba para hacerme volar tenía alguna familiaridad con aquellos príncipes lejanos y que, con su simpatía y su solvencia, algo podía él mediar en la embajada de pedir para que se me diera. No sabía explicar cómo se producía aquel comercio secreto, renovado cada invierno, pero estaba segura de que él se las arreglaba para resolverlo con naturalidad. Y siempre era así: lo que yo le confiaba al padrino cada año, aparecía envuelto junto a la chimenea de casa la mañana de Reyes. Pero aquella vez, cómo olvidarlo, hubo una reserva nueva.

–No sé yo si los Reyes podrán venir este año –previno inesperadamente la voz de quien nunca había dudado.

Y entonces fue mi madre la que demostró una fe sin fisuras en su venida, y se dirigió al padrino como si fuera un simple que temiera lo que no se podía temer. Mi padre callaba pero se le veía divertido con aquellos coloquios sembrados de duda y esperanza.

–Yo solo digo una cosa –advirtió el padrino, como quien no acaba de ceder del todo en sus premoniciones–: si no nieva, los Reyes no vienen.

A lo mejor solo eran ganas de enredar. Pero yo me vi, lo recuerdo bien, desamparada ante aquella fatalidad que no entendía.

–Pero ¿por qué?

El padrino descendió a mi altura para responder poniéndome sus manos en los hombros. Bajo su figura en cuclillas sobresalían las puntas inmensas de los zapatos, dos barcas negras sobre el claro mar de las baldosas.

–Pues porque los camellos necesitan la nieve para dejar huellas y no perderse en el camino de regreso.

La explicación del padrino, que pedía un mundo nevado para transitar, me pareció de lo más lógico. Y no reparé en que los tres señores de Arabia hubieran logrado llegar otros años y volver sin extravíos en ausencia de los copos que dejan los caminos blancos para escribir en ellos los rumbos más secretos.

Desde que oí dudar al padrino de las industrias mágicas de los tres Reyes de Oriente para ir y venir seguros por el mundo, entré en

melancolías que procuré distraer paseando por el pueblo. Aquel ejercicio, que me llevaba a aventurarme por sendas que dejaban atrás el caserío, agrandaba mis soledades infantiles. Todo me parecía ruinoso y lleno de abandono: faltaban las ovejas en el campo, que estaba seco y nada ofrecía que pastar; apenas corrían los regatos, exhaustos tras un otoño que tampoco había querido henchirse con las lluvias; la campana de la iglesia, oída en la distancia, me parecía moribunda en el paisaje empobrecido; veía el pueblo al atardecer, saliendo de un camino, y no había una sola luz en las ventanas para recibir mis pasos. Por si aquellas agonías no bastaran, mi mejor amiga, Milita, estaba enferma y sujeta a la cama. En casa, con mi hermano pequeño dando la murga, mi madre afanada en mil labores, mi abuela dormitando y mi padre quejoso de los que gobernaban el país, me sentía sola en las preocupaciones; sola –presentía confusamente– bajo el peso de una estrella que enviaba adversidades remotas contra mi ilusión.

–¿Qué le pasa a esta niña, que no come? –preguntaba mi abuela.

–Anda aburrida, la pobre –respondía mi madre.

–Eso es bueno. Hay que aprender a aburrirse –solventaba mi padre con tan extraña pedagogía la congoja que a mí me dominaba.

Pasó la Nochebuena, pasó el día de Navidad, llegaba la víspera de Reyes y no nevaba. Aquel imperio del sol ni siquiera lo paliaban las heladas. Yo seguía deambulando por las calles, yendo y viniendo sin rumbo, parándome ante la casa de Milita. Alguna vez, como si nos comunicáramos en secreto, se asomaba ella a la ventana cuando llegaba yo. Llevaba un pañuelo anudado en la garganta que la hacía parecer deforme, como si le faltara el cuello. Con sus trenzas negras me hacía unos molinetes a modo de saludo. Yo respondía con la mano y seguía caminando. De vuelta en casa prolongaba las peregrinaciones pasillo adelante. Alguna vez hice tropezar a mi madre, cargada con alguna cosa entre las manos. Luego era mi hermano el que se daba de bruces contra mí acarreando dos cajas de pinturas y un cuaderno.

–¿Cuándo llegan los Reyes? –me preguntó–. Voy a dibujarles el nacimiento.

–No van a venir –le respondí llena de contrariedad.

¡Ay, aquella pena exaltada, aquella sentencia injusta dicha casi con las lágrimas brotando! Aun recuerdo la angustia horrible que me invadió por haber negado. Mi hermano, nunca lo vi tan desvalido, se quedó inmóvil ante la puerta de la habitación que yo cerré con un golpazo. Me eché a llorar sobre la cama, no sé si por tanta inocencia como acababa de ofender o por un desengaño propio que me apartaba de certezas que siempre me habían consolado. Y temí, por primera vez en mi vida, que mi duda fuese cierta.

Solo mi abuela reparó en las murnias con las que yo iba y venía

por toda la casa aquella víspera de Reyes. Solía sentarse a dormitar en el salón, en una mecedora colocada junto a la mesa donde habíamos puesto el nacimiento. La misma mecedora que ahora me sostiene a mí para llevarme de nuevo junto a ella, aquella tarde.

–Niña –me llamó una de las veces que pasé a su lado creyéndola dormida–, esa oveja.

Con el bastón señalaba a una figurita caída en uno de los fértiles campos de Belén. En aquel redil, que tenía el suelo hecho de musgo, el desorden alcanzaba a más piezas del rebaño. Mi abuela había reparado solo en una de las ovejas, pero el pastor que debía vigilarlas andaba también caído por los suelos. Y el perro estaba de hocicos y pataleando al aire, medio enterrado en las blanduras de la tierra. Repuse a los caídos, rescaté al que se hundía en el terreno y junté un poco a los corderos. Luego, extendí los ojos sobre aquella función de ángeles, pastores y animales, todos concertados en un hechizo silencioso que, de extremo a extremo de la mesa, debía llevarlos de una vida pobre y acaso fatigada al consuelo de una contemplación que iba a llenarlos de luz. Al menos eso predicaba año tras año don Aurelio. Se lo había vuelto a oír la otra noche, en la misa del gallo: el milagro de que un niño en un pesebre, una novedad tan modesta, se bastara para alumbrar las voluntades de cuantos se acercaban a él.

–Martina, ¿qué te pasa? –me sorprendió mi abuela.

No recuerdo qué respondí. ¿Que estaba aburrida?, ¿que no nevaba?, ¿que había amargado la esperanza de mi hermano? Cualquiera de aquellas apremiantes desazones pudo ser. Lo que no olvidaré fueron las palabras de mi abuela, que entonces me parecieron desentendidas de la gravedad de mis tristezas:

–A este nacimiento le falta la estrella.

Era cierto: faltaba la luz, la luz que lo alterara todo, como la antorcha del ángel rasgando la noche para que un inocente soñara milagros bajo la helada. Y la luz que reclamaba mi abuela, la que acaso se mecía en su memoria cuando contemplaba el Belén desde su asiento, había de ser un fulgor pálido y candente, al modo del cometa que confundía al mundo con su ojo abierto por encima de las casas, la misma luz que ya lo confundiera cuando ella era una niña, pero capaz, entonces y ahora y hacía dos mil años, de ilustrar el misterio de las esperanzas frágiles, los ánimos de un pueblo entero echado a los caminos, los pasos comunes de herreros y lavanderas, de pastores y cardadoras de lana, de sastres y de zapateros, de tintoreros y de aguadoras, de jugadores de naipes y de reyes venidos de muy lejos, todos admirados de poderse consolar con el llanto de un niño sobre el que ardía un lucero.

Me pasé la tarde componiendo una estrella. Y, mientras lo hice, me olvidé de todo lo demás. Dibujé, recorté, pegué. Mi abuela volvía a

dormitar pero corrí a despertarla para que viera aquella luminaria cuando la tuve colgada de una ramita de sauce que fui a buscar a la ribera. Apagué la luz antes de remover aquel cuerpecito vestido de sayas que era mi abuela. Ahora pienso que hubo de salir de un sueño para entrar en otro. Cuando abrió los ojos, la luz de una farola que se colaba por la galería iba a renovarse en aquella hechura liviana inclinada sobre el portal que yo acababa de colgar. Y era como si la estrella de cartón ardiese y vacilase, resuelta en la luz de la farola.

–¡Madrita, madrita! –murmuró mi abuela. Y entonces, con un gesto tembloroso, señaló con el bastón a la ventana.

Anochecía y el cometa conquistaba otra pulgada del cristal. Me pareció más brillante que las noches previas, más cegador que nunca. Por primera vez sentí ganas de bajar a la calle, de someterme al temblor de las estrellas recién estrenadas. Me puse la bufanda sin que me lo mandasen y me eché a andar por las callejas del pueblo. Como si la luz que yo había puesto en el Belén alumbrara por primera vez el mundo, contemplé las ventanas encendidas. La más luminosa era la de mi casa, con aquella galería donde, ahora lo advertía con sorpresa, se multiplicaba el cometa en los cristales. Seguí andando y contando luces, que todas las ventanas parecían encenderse en mi camino. Cuando estuve frente a la casa de Milita noté empañados los cristales. Un frío nuevo y deseado me invadía mientras mi amiga limpiaba con la manga del jersey el ventanal y pegaba la nariz a aquel círculo recién abierto que se asomaba a la noche incendiada. No llevaba el pañuelo anudado al cuello. Con gestos enérgicos me pedía que me acercase al portal. Oí sus pisotones alocados en la escalera, la voz de su madre persiguiéndola para que se abrochara el abrigo y bajara más despacio. Nos abrazamos en la acera, chillando de felicidad.

Recorrimos las calles de la mano. Todo parecía nuevo, recién alzado para nuestra admiración. Vimos humo en las chimeneas escalando lentamente el cielo. La luz del cometa nos guiaba y, de pronto, crujía la tierra, como si la hubiese inundado la helada para dejar memoria de nuestros pasos en el aire. Cric, crac, cric, crac. Llegamos agitando la noche con aquel concierto de los pies hasta el límite de las casas. Y allí nos detuvimos. Volvió el silencio al mundo. De lo oscuro, al cabo de un poco, llegaron balidos dulces que nos llenaban los oídos, lentos como olas fallecientes. «¿Y si fuera un camello?», le dije a mi amiga. Milita me miró sin comprender. Señalé el cometa que temblaba sobre nuestras cabezas. «Estás loca», dijo, y echamos a correr, felices de ir juntas bajo la confusión de las estrellas. Yo regresé sofocada, con la bufanda agobiándome el cuello y las manos fogosas fuera de los guantes.

Después de la cena todo pareció entrar en una gran calma. Junto al nacimiento, con el pijama puesto, me entretuve en mirar las tres

figuras a la grupa de los camellos, aún lejanas del portal. Salían del desierto de serrín y la estrella de purpurina que había colgado por la tarde mostraba con sus brillos la senda que aquellos príncipes tenían aún que recorrer: la curva del camino hecho de arena, el respiro junto a la lumbre de celofán de los pastores, el bosquecillo de ramitas de mirto con sus frutos encendidos de rojo, el puente de corcho sobre la plata remansada del río… Pero ¿y el regreso?, temía yo por viajeros tan aventurados. Con la mano, adelanté un poco a los tres reinantes de Arabia, por acortar camino. Y, de pronto, viendo aquellos rumbos impacientes por cumplirse, corrí a la despensa y regresé abrazándome a una lata. Después, todo fue oficio de las manos, que se abrieron para dejar una nevada de harina sobre los tejados. Hacedora soberana de aquella minúscula creación, consentí que nevara tibiamente en majadas y caminos, entre huertos y callejas, sobre las palmeras, sobre los rebaños y las alas de los ángeles. Y por fin quedaron las cunetas de Belén fáciles de hollar con la siembra cándida que yo había esparcido para ir y venir sin miedo de perderse. A mi espalda sonaba el balanceo de la mecedora como un tiempo detenido.

–Abuela, ¿a qué hora llegan los Reyes? –pregunté volviendo la cabeza. Levantó ella los ojos y se quedó pensativa.

–Qué sé yo. Llegarán tarde, lo menos a las doce.

Luego nos quedamos calladas, mirando la última mudanza de aquel caserío de barro y de cartón. Bajo la estrella blanqueaban los tejados de punta a punta de la mesa.

Me fui a acostar. En el beso de mis padres noté un ánimo distinto al de otras noches. Permanecieron juntos, viéndome ir.

–A ver mañana… –suspendió mi madre la esperanza.

Antes de apagar la luz, miré el cometa, a punto de perderse por un borde de la ventana. Aquella, había oído decir, era su última noche entre nosotros; la última noche de su gran viaje por el cristal. Ahora que se alejaba me parecía un fuego venturoso, una invitación a pronunciar deseos en voz baja, como quien despide a un amigo en la distancia con palabras que no escuchará pero que a nosotros nos consuelan. Me metí en la cama. No lograba dormir, atenta a todos los ruidos que pudieran llegar dentro y fuera de la casa. Pero, poco a poco, vuelta tras vuelta entre las sábanas, me fue ganando el sueño.

No sé el tiempo que pasó. Sé que dejé de soñar para oír tres golpes, rotundos y espaciados, en la puerta de casa. Me latió el corazón como nunca lo había sentido, como solo puede latir en presencia de un gran príncipe de las lejanías llegado en medio de la noche al amparo de una estrella. Unos pasos apresurados avanzaban por el pasillo. Oí la llave, que giraba en la cerradura con una laboriosidad que también me parecía nueva: una vuelta, dos vueltas, tres vueltas. Y entonces, temblando de emoción, me llegó la voz de mi madre, aquella

inexplicable impaciencia de la voz de mi madre clamando en medio de la noche: «¿pero es que estas son horas de venir?». Me asusté. Me asusté muchísimo. Y me avergoncé de aquel tono de reproche dirigido a una majestad como la que había de estar detenida en el umbral. Temerosa de seguir oyendo afrentas me escondí bajo las sábanas. Y aunque estaba oscuro, cerré con fuerza los ojos. ¡Cómo olvidar aquellas lágrimas ardientes! Igual que a media tarde, yo lloraba de humillación por un rey maltratado. Y hubo de ser así de incalculable la noche de Reyes bajo el gobierno del cometa: solo con las mejillas arrasadas por el llanto –quién se lo iba a figurar– logré por fin dormirme.

¿Cuánto duró aquel sueño tan tristemente conquistado? No sé a qué hora desperté pero aún me envolvía la oscuridad. Estaba sudorosa y tardé un poco en comprender que seguía bajo las mantas. Saqué la cabeza y el pelo revuelto me cubrió los ojos, pero vi que por un resquicio de la ventana ya entraba la luz del día. No se oía nada. Mi hermano no estaba en su cama. Como en un atraganto me vino el recuerdo terrible de la noche, las palabras hirientes de mi madre regresando para confundirlo todo.

Separé despacio la contraventana, vacilante todavía por aquel dolor renovado en la memoria. Primero dudé –lo recuerdo bien–, después sentí que el vértigo me recorría hasta hacerme cerrar los ojos un momento. Y entonces todo se aclaró de golpe, cuando los volví a abrir, porque el milagro, con su necesidad, al fin había puesto orden en los desconciertos. La acera, la farola, los árboles, los tejados, una veleta en la casa de enfrente… Todo estaba cubierto por una capa de nieve inmaculada. Era un polvo delicado, como el que yo había hecho caer la víspera en Belén. Allí, lo único que distraía el candor de la nevada era la forma de unas huellas, unas huellas que subían y bajaban por la escalera de casa para perderse luego tras la esquina. Y su sombra sobre la nieve era tan grande que hacía pensar en el viaje de un gigante cuyos pies desbordaban los peldaños.

–¡Martina, Martina! –gritaba mi hermano desde el salón–. ¡Han venido!